# La Ilustración Artística

Año IX — Barcelona 22 de diciembre de 1890 — Núm. 469


**En el número 471 comenzaremos á publicar la obra de Edmundo Amicis EL VINO, profusamente ilustrada, á la que seguirá una preciosa novela original de D. Florencio Moreno Godino, titulada IMPOSIBLE, con ilustraciones de Cabrinetty**

## SUMARIO



## ¡NOCHE BUENA!

### I

Así como se aspiraba el aroma de los famosos jardines de Babilonia ocho estadios antes de llegar á ellos, del mismo modo se huele la Noche Buena madrileña ocho días antes de su estrepitoso advenimiento. Vense todas las frentes pensativas y todas las fisonomías preocupadas en el recuento de lo que tienen que dar ó recibir. Los que tienen que dar comienzan á recelarse y los que han de *recibir* preparan la muleta para consumar la suerte. El portero ó portera saluda con amabilidad, los recibidores de billetes de los teatros acogen con amable sonrisa á los que en ellos (los teatros) entran *gratis*, el barbero afeita, corta ó riza el pelo *al pelo*, distrayendo al pa-



LA ADORACIÓN DE LOS PASTORES, grupo escultórico de Weltring

rroquiano con el minucioso relato del último crimen, y el sereno acude solícito á abrir la puerta acelerando su tradicional paso de tortuga.

Por supuesto que no son necesarios estos signos para conocer que se aproxima la gran noche, puesto que ya hay otros visibles y tangibles en todas partes. En los anaqueles y portadas de las tiendas empiezan á erigirse los monumentales armatostes llenos de comestibles, *bebestibles* y futuras indigestiones, y la plaza Mayor y calle de Toledo son ya el *maremagnum* de cuanto Dios crió y el refinamento del hombre ha aprovechado. Además, los muchachos de Madrid, que no tienen nada de federales, empiezan ya á provocarse, y desde anochecido óyense á son de tambores coplas de la siguiente calaña:

Aunque me ves chiquitito
y me ves como me ves,
no le niego yo la cara
al barrio de Lavapiés.

O bien:

Aunque seáis más de ciento
y aunque seáis más de mil,
venid qus *sus* esperamos,
señores del Barquillí (1).

Lo cual prueba que los españoles en crisálida, influídos por el genio de la nación, celebran sus comunes alegrías á pedrada y garrotazo limpios.

Pero los más preocupados en este prólogo de la Noche Buena son los jefes de familia de mediano peculio.

– ¿Has encargado el pavo?

– Por supuesto.

– Hay ya que pensar en el regalo para el director del colegio de Joaquinito.

– Por supuesto.

– Y en el de la maestra de piano de la niña.

– Por supuesto.

– ¡Ah! Mira, he gastado los cuatro duros que me diste ayer. Pasamos por la plaza Mayor y á los niños se les iban los ojos. Este año hay una colección de panderetas muy bonitas. A Pepito se le antojó una que representa á Sagasta entrando triunfalmente en Barcelona en hombros de la multitud. ¡Que había de hacer más que comprársela! Ya la verás.

– *¡Presupuesto!...*

II

Por fin llega el gran día.

Madrid se estremece de cabo á rabo como un pólipo partido en pedazos. La población afluye al centro como los ríos al mar, los alrededores de la plaza Mayor y de la de Santa Cruz están intransitables, porque allí es el núcleo de las aspiraciones, de las necesidades, de las transacciones, de las camorras, de los timos y de los *afanos*.

Debajo de los portales de la primera de las susodichas plazas campean en todo su esplendor los puestos de golosinas, llenos de montones de batatas en dulce, de pirámides de almendras garapiñadas, de barricadas de tocino del cielo, y de culebras de mazapán salpicadas de motas de oro, enroscadas en su caja. En el exterior de la plaza no hay que decir: en el sitio donde el verano pasado se enchiqueraba el pueblo libre y votante para leer las listas del sufragio, se alzan cajones de madera en bruto atestados de piñas, granadas, melones, uvas de cuelga, naranjas, bellotas rezagadas y otros excesos, y en el hueco de cajón á cajón exhiben sus puestos hechos de tablas de camas primitivas la verdadera tía Javiera y la tía Rompechanclas, célebres por sus nunca bien alabadas rosquillas; y además, una pléyade de alcarreños de ambos sexos, tan curtidos y atezados como el cascajo que venden.

Las manadas de pavos han hecho ya su presentación oficial y lo invaden todo, excepto el jardín central, merced á la energía del guarda, antiguo y consecuente liberal que después de haber peleado por la libertad hase cobijado cabe la estatua de Felipe III.

El que á la caída de la tarde acierte á andar por la plaza Mayor, bien puede decirse que se mete por el ojo de una aguja; porque los pavos se deslizan por entre las piernas del transeunte, las alcarreñas le zangolotean con sus siete refajos, los vendedores ambulantes le dan *quiebros ceñidos* con los pollos y gallinas que llevan al hombro: es un milagro si al salir de la plaza no se le ha parado el reloj.

A esa hora vespertina la plaza Mayor está en su apogeo; en cambio la de Santa Cruz va de capa caída, porque ¿qué familia que se respete no tiene ya puesto su peñasco ó nacimiento? Así es que es obra de romanos encontrar en los diezmados cajones de figuras de barro un mesonero que se asoma á la ventana ó una trilogia de Reyes Magos aceptable. Como los chicos, que en Madrid son los demonios, observan esta decadencia de figuras y de ramajes, suele suceder que para animar á los vendedores semi-ociosos meten un pedazo de yesca encendida en la oreja de un caballo de un coche de plaza, ó bien atan los extremos de una soga á la pata de un puesto de figuras y á la rueda de un carro, y ó ya el caballo que se siente quemado embiste desbocado contra los puestos, ó ya éstos son deshechos y arrastrados por el carro que echa á andar.

De aquí el tumulto consiguiente: los vendedores botan, las figuras no vendidas se hacen añicos, las mujeres chillan, los niños lloran, los agentes de seguridad quieren llevarse preso al cochero ó carrero, éste protesta, y la clásica plaza se convierte en un campo de Agramante. A veces estos escándalos repercuten en la Mayor, y un año en que el gobierno gobernaba mal (casualidad en España) y se temía un pronunciamiento, creyóse que ya había estallado, y la apiñada multitud de esta última plaza se arremolinó y buscó despavorida las salidas entre puestos, cachibaches y tenderetes deshechos, desbordándose en la calle de Toledo, lo cual fué como si el Mississipí se desbordase en el Amazonas, porque esta calle en tal día es más intransitable aún que la plaza. Y como los liberales siempre están apercibidos, y más los de la calle de Toledo, que es belicosa, recibieron á tiros á la guardia del Principal, que acudió presurosa, y por poco se arma una trapatiesta de todos los diablos, y cae un gobierno que merecía la confianza de la corona, porque á tres angelitos desarrapados se les antojó divertirse.

III

Llega la noche: la Noche Buena.

Me río yo del día comparándole con la noche; es como comparar una escaramuza de matuteros y vigilantes del resguardo con la batalla del Guadalete, que duró tres jornadas. Pues si bien durante el día hay ya síntomas, de noche se declara la locura. A las siete, unos han cenado y otros se jalean para cenar. La gente culta no, pero la oclocracia invade los teatros, y en éstos los espectadores alternan en el diálogo con los actores:

– Sé tan franca como yo:
¿Me amas?
– Algo, lo confieso.
– Pues bien, Juana, dame un beso.
– ¡Que si quieres!, eso no.

«Que se le dé,» grita en la galería una voz alcoholizada, etc., etc.

A estas horas hay tranquilidad relativa, porque unos están en los teatros y otros, los del gusto medio, cenando. El *Manquillo*, que no lo es de lengua, aprovecha esta tregua para exhibir en la plaza de la Cebada su *tuti-li-mundi* en italiano corrompido, ó *titiri-mundi* en correcto madrileño.

«¡Tan, tarán tan! Ahí están los pastores en la majada. ¿Los veis? Unos hacen una caldereta, otros fríen migas, las mujeres pican ensalada de gamusinos. De repente una nubecilla que hay en el cielo se pone colorada y va bajando, bajando hasta colocarse encima de los pastores, que asustados se echaban ya los pies al hombro para apretar á correr. Pero la nube se abre, y venía dentro un ángel sin alas, desnudo, pero tapado con la crencha de su pelo, que era tan largo que le envolvía todo... ¿Le veis?

»¡Tan, tarán tan! Dice el ángel: «Pues vengo á deciros que el Niño-Dios acaba de nacer en Belén en el pesebre de los peñascos.» Y al oir aquello los pastores saltan de alegría como si estuvieran picados de la tarántula. Tiran la caldera y la sartén y echan á correr hacia Belén. Se quedan dos que dicen respectivamente: «Yo tengo hambre.» «Y yo sed.» Y entonces el ángel les dice: «Andad, que el Niño os dará la hartura.»

»¡Tan, tarán tan! Esa vieja que veis ahí á la puerta de su casita es Cleofé, que tiene casi tantos años como Matusalén. Está muy embebecida poniendo el rocadero á la rueca; tanta es su distracción, que no repara en que al otro lado del torrente Erón bajan por la montaña hombres, caballos y camellos. Y cuando ha enredado el lino en el rocadero alza los ojos y se topa á su lado con un dromedario peludo y alto como una torre, y encima un negrito muy cuco con turbante encarnado y hopalanda verde, ¿le veis?, que empieza á decir: «Ancianita, ¿puedes decirme dónde...?» Pero no acaba, porque la ancianita, asustada, se ha refugiado en su casa y le da con la puerta en los hocicos. Entonces él se baja del dromedario agarrándose á los pelos, y llama á la puerta gritando: «¡Ancianita, sal, que no te haremos mal y sí mucha merced, que aquí vienen los reyes del Irán, de Senegambia y de Etiopía!» La vieja, oyendo cosa de reyes, sale á la puerta, y con *efeuto*, éstos habían llegado ya; y el rey negro, que era el más buen mozo y enseñaba unos dientes muy blancos, ¿le veis?, la pregunta: «¿Sabes si ha nacido y dónde el Niño-Dios? Porque nosotros hemos visto una estrella perenne sobre el sitio en que ha de nacer; pero ahora, como es de día, no la vemos.» – «Pues mira, contesta la anciana, ha cundido la voz de que el nacimiento ha sido en Belén.» – «¿Y dónde está eso?» – «Pues no tiene pierde. Seguís ese camino, torcéis á la izquierda y luego á la derecha, y encontraréis un barranco con puente y luego tres caminos, no tomáis el de la derecha ni el de la izquierda, sino el de en medio, y luego... Se me ha olvidado.» – «Gracias, ancianita, por la claridad,» dice el rey, y manda al negrito, que es su tesorero, que dé á aquélla treinta cequíes de oro (cuatro mil *perros grandes)* y treinta de plata (ciento cincuenta *perros chicos)*. Y con esto muy contenta la vieja ve desfilar á los reyes en caballos que ni los de la plaza de toros, y á pajes y espolistas que arrean los camellos, cargados de presentes para el Niño. Y no bien los ve trasponer el recodo del camino, se pone á contar los cequíes, pero no puede llegar más que hasta trece, se hace un lío y tiene que empezar de nuevo.

»¡Tan, tarán tan! Pues ya veis el portal y os le sabéis de memoria.

»A la derecha está la Virgen, á la izquierda San José, el Niño en medio incorporado en la cuna enfrente los reyes magos, y detrás los pajes, y detrás los pastores: todos arrodillados y con la cabeza baja. Luego están las ovejas. Porque se me ha olvidado antes decir que las ovejas no enredilladas andaban descarriadas por el campo; pero al ver correr á sus amos, se reunieron y echaron á correr tras ellos. ¿Y sabéis por qué están todos con la cabeza baja? Pues no es sólo por reverencia, sino que de la cara del Niño salía una luz tan fuerte que se vió en la Mancha y en el *Perús*, que creían que el sol se había caído y que se abrasaba el mundo...

»¡Tan, tarán tan! Se acabó. Pero no os vayáis. pues en cuanto tome una copita en *ca* de la *señá* Nemesia, la tabernera de ahí enfrente, que bien la *nesecito*, pues con tanto charlar se queda seco el gaznate, vuelvo y os enseño el milagro de San Gineto con el niño zangolotino que se cayó á un pozo, y cuando caía llamó al santo, y aunque cayó no se ahogó, porque el pozo no tenía agua, pero se estampó los sesos. Ya veréis.»

IV

Estamos en la hora del mayor dolor, es decir, de la mayor barahunda: poco antes de entrar en la Misa del Gallo.

Suena por todas partes un estrépito ensordecedor de tambores, panderas, almireces, cajas de petróleo arrastrando, cantares, disputas, chacota y dicharachos.

Los serenos están atontados, los perros callejeros aullan, los murciélagos conmovidos azotan las caras, los cafés hierven y en las tabernas menudean las puñaladitas en el costado, que son forasteras, y las puñaladitas en la ingle, que son de Madrid. Porque así como no puede haber cielo sin estrellas, ni corte sin damas, ni primavera sin flores, ni poeta sin veladas literarias en el Ateneo, ni discurso político sin protestas de patriotismo, del mismo modo no se concibe una Noche Buena sin tres ó cuatro muertos y una docena de heridos.

Por eso es Noche Buena, porque los siete pecados capitales andan sueltos haciendo de las suyas.

¡Qué gran noche para los ladrones á domicilio! Verdad que otros días y noches suelen serlo también. A los habitantes de Madrid les gusta dejarse robar en casa, con tal de que no lo presencien. Así es que después de leer con indiferencia en los periódicos el relato diario de tres ó cuatro robos, se van de paseo ó á los toros ó á veranear, dejando su casa atestada de billetes, oro, plata, pedrería y ropas en buen uso. ¿Y qué han de hacer los pobres ladrones que no pueden resistir á la tentación? Pues valerse de sus ganzúas y palanquetas.

Pero lo más chusco es que luego los robados se quejan, y dan parte y echan sapos y culebras contra el descuido de la policía, como si ésta estuviera ociosa y no tuviese que ocuparse de elecciones, conspiraciones y otras zarandajas. En la Noche Buena las familias salen al teatro, ó á cenar con parientes y amigos, ó á la Misa del Gallo, y es lo clásico llevarse á los criados y hasta los gatos; los porteros y serenos están *excitados*, y por todas estas cosas he dicho que la tal noche es grande para los *afanos* domésticos.

(1) Licencia poética.

Los ladrones suelen no ser habidos. ¡No faltaba más que robasen para serlo!

¿Quién se acuerda de la casa ni de los ladrones ante una suculenta cena, ó por ejemplo en la Misa del Gallo? ¡Qué misa, Dios mío! Pero no quiero meterme en la iglesia, porque como dijo Sancho, *peor es meneallo*. Sólo sí diré que si la bondad divina no fuese ajena á la locura humana, parecería que el Salvador de los hombres había nacido para perderlos.

La susodicha noche es la de la igualdad ante la indigestión. Se cena en los palacios y en los tugurios: en todas partes, en el fondo, se cometen los mismos excesos, y esto deja una rastra que dura por lo menos hasta Reyes. Cuando se observa á los madrileños á la luz de los días siguientes á la Noche Buena, nótanse las huellas de aquella saturnal: todos están pálidos, ojerosos, desmalazados: hasta los barrenderos públicos apenas pueden sostener la escoba: parece que la capital ha sido sitiada por hambre, cuando precisamente son los estragos de la hartura.

Los únicos que duermen en la Noche Buena, ó por lo menos intentan dormir, son una mínima y juiciosa clase de ciudadanos, á los que me he referido en un principio. Rebújanse en su cama á una hora conveniente; pero el sueño huye de sus párpados, no precisamente por el estrépito infernal que turba el silencio nocturno, sino porque despiertos son presa de pesadillas feroces. La obscuridad de su alcoba se puebla de siniestros fantasmas; ante sus ojos, que tienen la propiedad felina de ver en las tinieblas, desfilan espectros íncubos y súcubos, y en la pared del dormitorio ven escrita en letras fosforescentes la siguiente palabra, más terrible que las del festín babilónico:

«¡¡Aguinaldo!!»

¡Ah, sí, el día siguiente es el primero de Pascua! ¡Cuánto darían algunos honrados padres de familia porque la noche de Noche Buena fuese eterna!

V

Pasó la Noche Buena, pero aún quedan dos: la de Año Nuevo y la de Reyes. Porque eso sí, los españoles, y especialmente los madrileños, no tendremos camisa ni escuadra, pero ¡Noches Buenas!... ¡No faltaba más! Antes de llegar la segunda ya se notan los desastrosos efectos de la primera. Los empleados del gobierno, que han cobrado en diciembre la paga de enero, meditan melancólicamente en el mes de treinta y seis días que les espera y, ó no van á la oficina, pretextando una gastritis, ó si van embrollan las cuentas ú olvidan la ortografía. Hay quien suma 8 y 9, 36, y hay quien escribe *Hinforme*. En la vida privada se echa de ver que no se ha pagado al carbonero y que los chicos no tienen zapatos, porque se los han comido en el pasado jaleo. Menudean los juicios de faltas y la sobra de declaraciones ante el juez por motivo de alguna caricia sangrienta.

Los enemigos del gobierno, que en la embriaguez de la Natividad han dado tregua á sus rencores, piensan en la embriaguez del triunfo de su causa y andan torvos y agitados. Todo está fuera de su nivel. En el revuelto mar de leche de almendra, pavo, besugo, turrón, mazapán, cascajo y puñaladas, sólo se han salvado unos pocos privilegiados de la fortuna.

Si días después de Noche Buena se ve á alguno, ó á alguna, fresco, vivaracho, colorado y decidor, bien puede decirse:

«A ese le ha tocado un buen premio de la Lotería Nacional.»

F. MORENO GODINO




MONUMENTO ERIGIDO EN ROUEN Á LA MEMORIA DE GUSTAVO FLAUBERT. Obra del escultor M. Chapu

## SECCIÓN AMERICANA

### BLANCO Y ROJO

Para evitar cualquier clase de duda que pudiera suscitar la lectura del presente artículo, creemos oportuno decir algunas palabras sobre la ciudad en que se desarrolla su acción y las circunstancias en que se encontraba en la época en que tienen lugar los sucesos que vamos á narrar.

Paysandú, ciudad situada en la margen izquierda del río Uruguay, fundada en 1772 por D. Juan J. Soto, fué sitiada el año 1863 por las tropas del general Venancio Flores, aliado con las fuerzas brasileñas al mando del almirante Tamandaré. La defensa de la ciudad fué confiada al entonces coronel Leandro Gómez, que desempeñó su cometido con sin igual bravura, hasta que, reducida á ruinas por el terrible bombardeo efectuado por la escuadra brasileña, fué tomada después de un asalto que duró cincuenta y dos horas, diezmados que fueron los 300 valientes que, cual nuevos espartanos, murieron sin abandonar el puesto que se les había confiado, combatiendo contra 8.000 aliados.

El general Leandro Gómez fué muerto en momentos en que leía el acta remitida por el general Flores, que acordaba la vida á los uruguayos sobrevivientes al terrible asalto.

***

Formaban un notable contraste la profunda y melancólica calma que en aquella hora envolvía á la heroica ciudad y el movimiento y horrísono estrépito que reinaban en ella en el transcurso del día.

Durante doce horas, sus hijos la defendían con frenético entusiasmo, con valor salvaje, infatigables, con el tesón con que se defiende á una madre querida de los ataques brutales de la barbarie cuando quiere matarla después de cubrirla de oprobio; por la noche, durante otras doce horas, el silencio y la soledad guardaban el sueño de los héroes, inspirándoles halagüeñas visiones, en las cuales se destacaba en primer término Paysandú libre y victoriosa.

La noche en que empieza nuestra narración era una de esas noches ideales, serenas, puras, en que parece que el corazón se ensancha y quiere desbordarse en arranques de ternura, y la inteligencia inundada de profunda calma se inclina á la meditación.

Sólo interrumpían el majestuoso silencio esos mil rumores que la perfecta tranquilidad hace llegar á nuestros oídos como blandos arrullos de lejano amor, el dulce gemir del céfiro pasando entre el ramaje, ó el lánguido y triste quejido del ave nocturna que canta á la soledad.

Con los ojos fijos en la inmensidad sin límites y estrechando sus manos mutuamente, *escuchaban el silencio* (si es posible emplear tal expresión), vagando su razón en infinitas y melancólicas reflexiones, Rodolfo, capitán de las fuerzas defensoras, y la hermosa Angela; dos amantes, dos corazones sensibles perdidos entre aquella multitud de corazones de acero, cuyos únicos pensamientos é ideales eran Patria y Libertad.

Estaban silenciosos, extasiados en presencia de la naturaleza que desplegaba ante su vista sus más hermosas galas. ¿Y qué podían decirse? Todo hubiera parecido vulgar y prosaico cuando la noche respiraba poesía y amor.

Miraban aquel cielo puro y sereno en que ascendía con majestuosa lentitud la luna, dejando caer suavemente sus argentinos rayos, que comunicaban á los objetos esa claridad misteriosa que sólo se admira en la aurora de un bello día En el suelo se proyectaba la alargada sombra del perfil de los edificios, resquebrajado y mostrando como dientes irregulares

formados por las balas que desmoronaban rápidamente aquella ciudad, de que no debía quedar sino un puñado de cadáveres cubiertos por un montón de ruinas.

Al ver aquel delicioso idilio, acudían á la imaginación los recuerdos de las escenas que presenciaba Paysandú durante el día. Y, en verdad, no podía menos de entristecer el paralelo que se hacía entre la terrible y fratricida lucha que se efectuaba á la ardiente luz del sol, y aquella dulce manifestación del amor que bañaba de blancos efluvios la pálida claridad de la luna.

Rodolfo combatía con aquel *valor sin cólera de los héroes* contra los enemigos que no se avergonzaban de cobijarse bajo el pabellón brasileño para luchar contra su patria, é iba en seguida á buscar tranquilidad y amor en el seno de Angela al alegre huerto en que ésta lo esperaba todas las noches.

Veía de día la ciudad envuelta por el humo, y la admiraba por la noche envuelta por los suaves rayos del astro nocturno. Los hombres le daban obscuridad y guera; Dios, luz y tranquilidad.

Hacía ya largo espacio de tiempo que ambos amantes estaban embebidos en la contemplación de tales maravillas y como adormecidos por el delicado y penetrante perfume de los azahares, cuando el estridente grito del *Chajá* los sacó bruscamente de su arrobamiento.

Rodolfo soltó la mano de Angela que, como hemos dicho, estrechaba entre las suyas, y dijo:

– Es ya tarde, Angela, me retiro.

– ¡Tan pronto!

– He pasado dos horas á tu lado. Mas cuando se goza de tal dicha, las horas parecen segundos. Me voy ya; pero, ahora que me acuerdo, no tengo ningún recuerdo tuyo. Quisiera que me dieses alguna prenda de amor...

– Voy á darte una que servirá para señalar también el término de tu pasión.

– ¡Qué ocurrencia!

– Toma este pañuelo. Me lo dió una antigua criada, que me dijo al entregármelo: «Tome, niña; cuando este pañuelo cambie de color, podrá estar segura de que la persona á quien ame ha dejado de corresponderla.» Ya lo sabes, cuando esto suceda puedes devolvérmelo.

– ¡Vaya una locura!... Supersticiones de vieja... Si es así, jamás cambiará de color.

– Que así sea.

– Así será. Voy á señalarle lugar junto á mi corazón; y esto diciendo guardó el pañuelo en el bolsillo interior de su casaca, pero al hacerlo exclamó:

– ¡Ay! ¿Dónde estará?...

– ¿Qué? ¿Has perdido algo?

– Sí..., no hay duda... Hoy un camarada me entregó un legajo de papeles para que se los guardara, no sé con qué objeto, y ahora noto que los he perdido; ni los había mirado.

– ¡Qué dirá ahora!

– Puedo asegurar que no dirá nada, pues esta tarde una bala enemiga lo tendió muerto á mis pies.

– ¡Qué cosa tan horrible!

– ¡Bah! A cada uno le llega su turno; en fin, lo cierto es que se me han perdido los tales papeles; pero es de suponer que después de muerto no le serían de gran utilidad; de todas maneras, lo siento.

– ¡Desgraciado! ¿Cómo se llamaba?

– Era aquel teniente Lorenzo...

– ¡Ah! Dios lo haya perdonado. Era un perverso...

– Sí, en efecto; parece que no me miraba con muy buenos ojos; creo que era porque había yo obtenido tu amor... Vaya, no pensemos más en ello. Adiós, Angela.

– Hasta mañana, dijo Angela con trémula voz. No te expongas mucho.

– Pierde cuidado; pensaré en ti para no hacerlo, respondió Rodolfo con ternura.

Estas despedidas eran siempre patéticas y tiernas. En las circunstancias en que se encontraban, cada una de ellas podía ser la postrera. Así es que aquella noche, como todas, se pronunciaron los dos adioses con húmedos ojos y voz ahogada por la emoción y los sollozos.

Se oyó luego el estallido de un beso; volvió á reinar profundo silencio, únicamente interrumpido por el suave arrullar del viento, y el plateado astro sólo iluminó el majestuoso y triste sauce que, inclinado, acariciaba con la extremidad de sus delgadas hojas las dormidas aguas del estanque.

***

Rodolfo, después de separarse de Angela, se dirigió al cuartel; pero apenas llegó, recibió con extrañeza la orden de quedar preso.

Fué conducido á una habitación del piso principal, á la puerta de la cual colocaron un centinela.

Debajo de la ventana que daba al patio se paseaba otro soldado, cuyos monótonos pasos oía él desde su prisión.

Allí le dejaron solo.

Pasaron dos horas de mortificante ansiedad. Rodolfo hacía esfuerzos inauditos para averiguar la causa de tan injustificada prisión.

Transcurrido este tiempo abrióse la puerta de la habitación y entró el general Leandro Gómez, seguido del jefe del cuerpo.

El que quisiera formarse una idea aproximada del héroe de Paysandú, no tendría más que figurarse un hombre de estatura más bien elevada, de cuerpo recto, erguido, sobre el que se admiraba una cabeza numismática coronada por una cabellera negra que limitaba una frente recta y despejada.

Animaban aquel varonil rostro unos ojos negros y brillantes, de los que brotaba una mirada enérgica, fiera, dominadora, que imponía cual si penetrase hasta el alma; una mirada de águila que abarcaba de una sola ojeada el campo de batalla para preparar la victoria.

Si Leando Gómez estaba de buen humor, aquella mirada era fuerte, pero serena; cuando estaba irritado infundía verdadero terror.

La boca desaparecía completamente bajo el espeso bigote, que se unía más abajo con una larga pera naturalmente ondulada. Cuando su dueño llegó á Paysandú, era de un hermoso color negro. En el momento en que aparece en la prisión de Rodolfo estaba cubierta de canas; algunos días de ruda lucha habían bastado para cambiar su color.

Tal era entonces el nuevo Leonidas, que al entrar dijo con voz algo alterada, mientras sus ojos centelleaban de indignación:

– Capitán, jamás pude sospechar que los bravos defensores de Paysandú fueran manchados por el contacto de un traidor, indigno de alternar un solo instante con los que van á morir combatiendo por el honor y la libertad de la patria. Ha cabido á V. la triste gloria de manchar ignominiosamente el nombre de estos nuevos mártires del deber. Felizmente todo lo sé. Vea V. las pruebas de su traición.

Y al pronunciar tales palabras entrególe un legajo de papeles, de los cuales se apoderó Rodolfo con viveza.

Eran unas cartas, al pie de las cuales se veía su firma, en que se proponía á las fuerzas sitiadoras la entrega de la plaza, valiéndose para ello de una sublevación contra el general Leandro Gómez.

Se encontraba también la carta-aceptación del jefe enemigo.

Rodolfo adivinó inmediatamente la procedencia de aquellos acusadores papeles. Eran los que le había entregado el miserable teniente Lorenzo, y que se le habían extraviado la misma tarde en que los recibió.

La sangre se agolpó con violencia al rostro del caballero y del militar, rudamente heridos en su honor y en su más cara afección; luego palideció repentinamente de cólera; quiso hablar, protestar de aquella vergonzosa acusación, pero no encontró palabras bastante elocuentes y enérgicas para expresar su indignación. Extendió los brazos hacia Leandro Gómez, y de su garganta sólo brotaron sonidos broncos é inarticulados que se creerían producidos por una fiera.

El general tomó por culpable turbación lo que era sólo una mezcla de sentimientos diversos, que no podían expresarse, y dijo con voz terrible:

– ¡Basta! Mañana será V. juzgado por un consejo de guerra.

Y salió cerrando tras sí la puerta con violencia.

El desgraciado dejóse caer sobre una silla, anonadado, sollozando convulsivamente, con una mano crispada entre sus desordenados cabellos, mientras con la otra se desgarraba el pecho en un terrible arrebato de desesperación.

***

Un día había bastado para cambiar fatalmente el destino y la posición de Rodolfo.

Se había defendido ante sus jefes con desesperación, con rabia, con la firme convicción del que es inocente y del que sabe que de sus palabras depende su reputación y su vida; pero todo había sido inútil: las pruebas y la índole de la acusación estaban contra él.

En aquellos momentos en que cada soldado se convertía en un titán para defender el honor de la patria amenazada; en aquellos momentos en que se había entablado una verdadera lucha de generosidad para conseguir la gloria de morir primero por la causa que se defendía, una simple sospecha de traición era algo horrible, soberanamente odioso, que resaltaba como una mancha de negra deslealtad sobre el luminoso fondo de gloria que formaban las acciones de los defensores de la ciudad.

Sus palabras y disculpas no hicieron efecto sobre aquellos corazones, cuya religión era el deber y que llenaba por completo el sentimiento del horror á la traición, y fué condenado.

Se le declaraba traidor á la patria. ¡A él, que hubiera dado toda su sangre por defenderla, que hubiera sufrido los más crueles tormentos por libertarla!

En verdad, el perverso teniente Lorenzo había vengado cumplidamente el desdén con que acogiera Angela sus palabras de amor y la preferencia concedida á Rodolfo.

Sin despertar en el ánimo de éste la más ligera sospecha, había conseguido, no sólo hacerle perder su posición y su porvenir, sino también concluir su vida ignominiosamente bajo la acusación de vil traidor.

¡Se le negaba el supremo bien de conquistar imperecedera gloria, muriendo en la brecha con aquellos que iban á derramar su sangre como regenerador torrente y á deponer respetuosa y tranquilamente sus vidas ante el altar de la libertad!

¡Y dentro de poco habría empezado aquel ataque final, sublime episodio de epopeya que debía durar dos días!

¡Dentro de poco tiempo hubiera podido asistir á la gloriosa caída de Paysandú, derrumbándose altiva entre nubes de humo, arrojando al rostro de los vencedores los gritos de victoria con que caen los bravos, y produciendo al caer el horrible estrépito que produciría al desplomarse un mundo!

¡No podría entonces oir y admirar el bronco y majestuoso tronar de los cañones, la aguda voz del clarín distribuyendo órdenes de exterminio, el siniestro silbar de las balas, el brusco y disonante ruido de las granadas al estallar, el seco golpe de los proyectiles al incrustarse en los muros, alternando con el sordo ruido producido por los cuerpos al caer. Todo aquel ejército frenético agitándose envuelto en densas nubes de humo, arrastrándose entre el sangriento lodo, combatiendo con la feroz rabia de la desesperación durante cincuenta y dos horas, para caer después mutilado, hecho pedazos, entre los resplandores del incendio, majestuosa y digna aureola preparada por los vencedores para alumbrar la apoteosis de los vencidos!

Todos estos pensamientos bullían, se revolvían, se agitaban desordenados en su cerebro, alternando los de bélica condición con aquellos que le presentaban á Angela llorando la perdida felicidad y creyéndole realmente culpable.

Con el codo apoyado en la rústica mesa que adornaba la habitación, tristemente iluminada por la escasa luz de una bujía, miraba fijamente un clavo que sobresalía sobre el nivel de la mesa y cuya extremidad reflejaba un rayo de luz.

En el exterior el ruido de la tempestad apagaba todo ruido extraño. El trueno retumbaba incesantemente, ya con sordo y grave fragor, ya con golpe estridente y seco como un latigazo. Los relámpagos, de luz blanca y vivísima, se sucedían sin interrupción, mostrando su ondulado contorno, y asemejándose sobre el fondo negro en que se proyectaban á un fantástico ejército de serpientes tratando de escalar el cielo.

A este espantoso fragor se unía el crujir de las puertas y ventanas, sacudidas violentamente por las furiosas ráfagas de viento, en que parecía cabalgar la tempestad agitando con delirante entusiasmo su cetro de rayos.

Rodolfo seguía mirando la luminosa extremidad del clavo; la rugiente tormenta que se desencadenaba en el exterior no era tan terrible y desordenada como la que se agitaba en su cerebro.

Se le presentaban vagamente como velados por nebulosa niebla, mientras hacía sobrehumanos esfuerzos para traspasarla y encontrarse en posesión de sí mismo, todos los sucesos que habían precedido á su condena. La primera batalla en que tomó parte, las esperanzas que había abrigado, sus ascensos, sus amores con Angela, aquel dulce idilio interrumpido de manera tan fatal. Todos estos pensamientos le asediaban, le cansaban, le producían fiebre; y de pronto entre aquella multitud de reminiscencias é ideas, acudía á su imaginación un recuerdo estúpido, sin objeto. Se fijaba su atención en el recuerdo de un galón desprendido que había visto en el uniforme de Leandro Gómez; recordaba la figura de los hilos con que había estado cosido, formando como pequeñas comitas blancas.

Del galón pasaba al militar su pensamiento; se figuraba estar viendo la marcial apostura del jefe de

los defensores, su terrible mirada fija en él como si tratara de fulminarlo, y sus palabras que respiraban indignación y desprecio; entonces volvía á pensar en su desgracia y se le agolpaba la sangre á la cabeza produciéndole mareos.

En tal estado pasó una hora, sordo al estruendo de la tempestad, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Sufría horriblemente; veinte veces pasó por su imaginación la idea de la muerte, y ya le parecía este supremo paso algo delicioso, suave, en comparación de lo que le martirizaban aquellas ideas. La esperaba ya con impaciencia; le parecía que tardaba demasiado; la ansiaba.

¡Pero aquella muerte oprobiosa, la muerte de los traidores! ¡Nunca, nunca!

Y volvía á caer en su inmovilidad, el cerebro sin ideas, el corazón insensible por lo agudo del dolor.

Por fin se levantó como un sonámbulo. Dió dos ó tres traspiés á la manera que lo hace aquel á quien se despierta y se pone en pie bruscamente. Sacó de su cintura una daga y la miró estúpidamente; sin duda no recordaba con qué objeto la había desenvainado; la empuñó con mano crispada, y haciendo un ademán como si estuviese fatigado, hastiado por aquellos pensamientos que debilitaban su cerebro, como deseando alejar para siempre lo que le hacía sufrir, la hundió hasta la mitad de su pecho, buscando en este acto remedio para sus sufrimientos y salvación para su honor.

Vaciló un momento, extendió los brazos como buscando apoyo, y luego se dobló blandamente y cayó apoyando la cintura en la arista formada por el asiento de la silla.

Quedó un momento en tal posición, con la cabeza violentamente echada hacia atrás, presentando la parte anterior de su cuello con los músculos distendidos.

Tuvo aún fuerzas para hacer un penoso movimiento y hundió más la daga en su pecho, hasta que la empuñadura llegó á tocar su epidermis; entonces cayó pesadamente contra el pavimento.

La sangre que brotaba abundantemente de la herida había teñido de rojo los vestidos, y después de cubrir su cuerpo con aquella nueva púrpura concedida por el cielo como atributo de la dignidad de mártir, esparcióse en el suelo y corrió á causa del declive, formando suaves curvas hasta que llegó á una depresión transformándola en un pequeño lago.

Después de algunos instantes, un postrer estremecimiento puso fin á la agonía del desventurado.

Entonces se abrió la puerta y entró Angela, que después de mucho solicitar había por fin obtenido el permiso para visitarlo.

Al ver á su amante sin vida ya, corrió delirante, con los ojos casi fuera de las órbitas y la respiración fatigosa, á arrojarse sobre el cuerpo, sin cuidarse de la sangre que manchaba sus vestidos y humedecía su pie.

Angela fijó una extraviada mirada de loca sobre aquel cadáver, en cuya vidriosa pupila se quebraba un rayo de luz, y sus manos se crisparon sobre un objeto que encima de él se hallaba.

Miró inconscientemente aquello. Era el pañuelo que ella le había dado. Entonces recordó la extraña propiedad que poseía, y comprendió con dolor que su amor había sido correspondido hasta el momento de la muerte.

El pañuelo había cambiado de color. Estaba rojo.

ARTURO A. JIMÉNEZ

Montevideo, septiembre de 1890.



El eminente pintor francés M. John-Lewis-Brown, recientemente fallecido

## «LA REINA»

### CRÓNICA CONTEMPORÁNEA

#### I

Manolo sentía de veras lo ocurrido... Después de dos años de relaciones, al ir á trocar en realidad su sueño dorado, aquel sueño que tan hermosas imágenes y quimeras levantaba en su cerebro, Lola, la mujer que él más quiso, le despreció como nadie... El se tuvo la culpa, es verdad. Empezó por darle celos y concluyó la cosa poco me-

LA ESTACADA DEL NILO RECIENTEMENTE TERMINADA POR EL MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS DE EGIPTO, BAJO LA DIRECCIÓN DE SIR COLLIN SCOTT MONCRIEFF

nos que como el rosario de la Aurora... Mostróse inflexible á pesar de que ella le suplicó por la «salvación de su madre» que no hiciera caso de habladurías y embustes.

¡Tenía tantos enemigos!...

. . . . . . . . . . . . . . . . .

Allá en su taller, Manolo, pesaroso y aguijoneado por la duda, se acordaba siempre de Lola, igual cuando resbalaba su garlopa por la madera, acepillándola, que al dividir los tablones con la sierra: el *reg-reg* producido por las herramientas antojábansele lamentos; por la noche al acostarse le producía gran temor el baliloteo de la encendida lamparilla, que daba tonos lúgubres á la macilenta faz de la Virgen de los Dolores que la piedad de su madre colocó en una de las paredes laterales de la alcoba... ¡Niñadas éstas que al hombre le traían inquieto y malhumorado!

– «¿Si será verdad lo que me dijo? ¿Si no lo será? Puede que se haya maleado en la fábrica. ¡Acude allí tanta hija de su madre!... Yo he de enterarme.»

Manolo tomó tan á pechos su ruptura con Lola, que no salía de casa ni iba á la taberna con sus compañeros, y quedóse flacucho y de mal color. Los domingos se los pasaba sentado á la puerta de su casa «tomando el sol,» como la gente vieja, hecho un filósofo á juzgar por su aire taciturno y la completa abstracción en que se sumergía su espíritu.

– ¡Pero, hombre, tú estás dejado de la mano de Dios!, le dijo un día á Manolo el señor Lino, su maestro, un buen hombre, por más que según confesión propia se ponía el mundo por montera. Vamos á ver, muchacho, ¿qué te pasa? ¿Dónde te metes?...

Y guiñando sus ojuelos de buho, prosiguió riéndose irónicamente:

– Tú estás mal de la cabeza desde que Lola no es tu novia... Pues... ¡ni que fuera la única! ¡Cuernecitos!... Cien mil encontrarás, no tan guapas, eso no; que la chica es pimpollo de brillantes y bien merece por lo hermosica el alias de «la Reina» con que la ha bautizado el barrio... Muchacho, mayormente eso de la hermosura no es requisito para casarse: mujer hacendosa que le tenga á uno cariño y sepa cuidar la casa y los chicos y... *¡pax Christi!* me parece á mí que es lo necesario... Y si no, mira, mira, nada de atarse... El buey suelto .. pues... Mujeres no faltan, ¡quiá!, y si necesitas una, al doblar la esquina la encuentras... Conque para curarte esa melancolía que te hace parecer un Cristo de mala muerte, échate al arroyo y métete á conquistador. . ¡Es el gran sistema!... No se sufren quebraderos en el magín... Si acaso, algún garrotazo... ¡cosa de poca monta!... ¡¡Cuernecitos!! Olvida, olvida á «la Reina,» y no te amilanes, hombre; que hay veces que te quedas como bobo y de buena gana te tiraba un formón á la cabeza...

Hizo alto en aquel deshilvanado y pseudo-filosófico discurso el señor Lino, y Manolo, con la cara más alegre, salió del taller á tiempo que los faroleros de la muy coronada Villa, en uso de sus funciones, encendían los mecheros del gas.

¡Estaba de Dios!... Al doblar una de las esquinas de la calle del Amparo, el carpintero se encontró de manos á boca con su ex novia; «la Reina,» al verle, palideció, bajó la cabeza, y tuvo que apoyarse en la pared. Manolo sintió temblor extraño en las piernas y en la garganta gran ahogo... Se rehizo, y sin mirar á Lola, confuso aún, aceleró el paso... «¡Bah! Olvidémosla, pensó. Está en lo firme el señor Lino al decir que el hombre no debe amilanarse por una mujer: ¡ea!, desde hoy, la primera que me guste, esa será la que elija...» Y fijo en estas ideas, Manolo llegó á su casa, y aquella noche, ¡cosa más rara!, los reflejos mortecinos de la lamparilla de la Virgen no le impresionaron, y cuando merced al sueño se cerraban sus párpados, la imagen de la Dolorosa sufría extraña metamorfosis: el rostro triste, las lágrimas, el ropaje de luto desaparecían y quedaba una mujer hermosa, sonriente, llena de amor y vida...

## II

Había murga á oídos que quieres, una murga decentita con bombo, platillos y timbales... Inaugurábase al promedio de la calle de Embajadores una tienda de comestibles, y en tal sitio aquella noche hervía una bulliciosa y abigarrada multitud que se daba el gustazo de armar zambra y baile á costa del tendero pagano.

A la luz que arrojaba el interior de la tienda, reluciente como un ascua, la proyectada por las velillas de los atriles de la música y la no muy clara del alumbrado público, veíanse á las parejas de novios... y aun los que no lo eran, bailar chulonamente, ya con balanceo muelle y voluptuoso, ya en rápidos giros, siempre muy juntitos, rozando las barbillas de los «caballeros» con los peinados de las «señoras;» oíanse amalgamados el resbalar de los pies en el empedrado, las conversaciones sostenidas á media voz entre los bailarines, las carcajadas broncas, estúpidas, ó las risas dulzonas ó de timbre puro y argentino: los que no bailaban, las jóvenes sin novio, los viejos, las comadres y los chicuelos, formaban un batallón que se agrupaba en derredor del baile, dividido en corrillos, en los que la crítica metía en todo sus despiadadas tijeras, é igual hacía un corte á la honra que al vestido, guiño, sonrisa ó componendas de la Fulana ó el Mengano, cuya era la causa del chismorreo: crítica brutal á ratos, satírica siempre, con esa sátira innata en el pueblo, el gran criticón, el Larra implacable que no perdona nada y se ríe de sus propios errores y desdichas. Al terminar los murguistas en su tocata, había un momento de silencio;... luego una gran zalagarda, silbidos y gritos: las parejas se desunían, y allí, á pie quedo, charlaban en todos los tonos; eso sí el caballero de blusa ó dama de pañuelo á la cabeza no se perdía en el montón en busca de nuevo acompañante, ó bien en la tasca más próxima, donde, aparte un infierno y movimiento inenarrables, envolvíalo todo una atmósfera pesada, caliginosa, mal oliente, que angustiaba los pulmones.

«La Reina» se encontraba en el baile, y nunca más hermosa ni displicente con la nube de adoradores que la cercaba y entontecía con sus requiebros, floreos y suspiros.

Sacad de un tapiz de Goya la maja más hermosa, más llena de gracia; quitadle su atavío, vestidla con el nuevo traje de la chula, colocad sobre sus hombros un pañolón de Manila de fondo encarnado con rosas, chinos y pájaros bordados en seda blanca, á la cabeza, artísticamente peinada, un pequeño ramillete de claveles, y tendréis una idea, aunque vaga, de lo que era Lola «la Reina,» cuyos ojos garzos llenos de vida y chispeantes y sus labios rojos como la grana húmeda traían locos á la mayoría de los hombres desde el pretil de Embajadores á la plaza de Antón Martín, desde la puerta de Atocha á la de Toledo.

No acudía la chula al baile por el gusto de exhibirse ó buscar diversión, sino empujada inconscientemente por los celos... ¡Quería vengarse!... ¿De qué?... Ella misma no lo sabía... En la fábrica una compañera la dijo con mucho misterio que su ex novio Manolo iría á la murga con Pepa «la Niña,» así conocida por los del barrio; mujer hermosa, pero de pésimos antecedentes y conciencia elástica. Manolo la requirió de amores: ella no tuvo inconveniente en expedir pasaporte á su cortejo *El Valiente*, chulo y guapo de oficio, que al saber la preterición juró vengarse de una manera terrible.

Produjeron sus resultados tales noticias exornadas con gran lujo de detalles, pullas é indirectas por la caritativa amiga. Al escuchar el relato, «la Reina» no dió á conocer los encontrados sentimientos que batallaban en su cerebro; si acaso, asomáronse á sus ojos, traducidos en llamaradas de odio, celos ó amor: cuando estuvo en su casa, no pudo más, lloró como una Magdalena; después, ya más calmada, hizo inventario de lo mejor de su baúl, ataviándose lujosamente de chula, y con exceso de coquetería en ella inacostumbrado, se miró al espejo que colgaba sobre la cómoda... Sonrió satisfecha de sí misma, terciose el pañolón, y siempre fija en su idea llegó al sitio donde había de celebrarse la murga.

## III

El diálogo era sostenido en voz baja por Manolo y Pepa mientras bailaban una polka.

– ¿Sabes quién nos mira?, preguntó burlonamente «la Niña.»

– ¿Quién?

– La desgalichá esa de «la Reina»... No hace más que oservarte... Querrá que vuelvas... ¡Puach, qué *dinidaz!* Si á mí un hombre me hubiese despreciao á la manera que tú lo has hecho... ¡vamos que!...

– Cállate y no insultes á esa mujer, ¿entiendes? Y menos delante de mí, murmuró el carpintero con aire de disgusto.

– Pus, hijo, mételа en un fanal .. Pa lo bien que se ha portao contigo... ¿Sigues todavía *amelonao?*

Y como arrepentida de su audacia, «la Niña» quiso enmendar sus resultados, dirigiendo á su amante una de esas miradas de fuego, acariciadoras, llenas de voluptuosidad, que se internan en el cerebro y desde allí se desparraman por el hacecillo de nervios sensibles.

Manolo, ante esta mirada, no hizo caso del insulto: se contentó con estrechar contra su pecho el arrogante busto de Pepa.

. . . . . . . . . . . . . . . . .

Nadie pudo imaginarse la desgracia acaecida en el baile cuando mayor era el bullicio.

Según se supo después del terrible suceso, *El Valiente* había estado rondando el baile como pudiera hacerlo un aguilucho que buscase una presa ansiada. Acompañado de dos sujetos de tan fea catadura y siniestro aspecto como él, colocóse cerca de su ex cortejo, y dijo en voz alta y con toda intención, dirigiéndose á sus amigos:

– Aunque se empeñe el memo ese que tiene ahora, yo bailo con «la Niña»...

Al escuchar tal insulto, Manolo sintió una oleada de coraje, de ira; sus ojos se le anublaban: desprendióse de los brazos de Pepa y dirigióse denodadamente hacia su rival.

– ¡Repite esas palabras!, exclamó con voz de trueno.

El chulapo tiró el cigarrillo que tenía en la boca, y con gran parsimonia y con un cruel deje de ironía, replicó:

– Bailo con la Pepa, á no ser que tú quieras bailar antes conmigo...

No mediaron otras palabras ni preámbulos: los dos adversarios retrocedieron un paso: las navajas, empleadas como argumentos más terribles y elocuentes en aquella lucha á muerte, quebraron sus reflejos al ser heridas por las luces del alumbrado público. Los amigos del *Valiente*, Pepa y algunos otros, llenos de ansia, pálidos de emoción, hicieron corro... Empezó la lucha... Fué rápida; no duró dos minutos ni resonó en ella un grito ni una imprecación. Sarcástica por librarse en el centro de una fiesta callejera, tenaz y horrible, tuvo un término: el ¡ay! angustioso de uno los combatientes que caía á tierra y el ruido metálico de la navaja al dar contra el empedrado.

Después... una gran confusión, gritos, voces. movimiento inusitado entre los atónitos espectadores: el espanto y el miedo reflejados en unos, la indiferencia en los otros, una nota compasiva en todos los labios, y aprovechando aquella confusión el *Valiente*, que dando el brazo á «la Niña,» la decía con voz que no admitía réplica:

– ¡Ahora vienes tú conmigo, mala mujer!

. . . . . . . . . . . . . . . . .

El herido se revuelca en el charco que forma su propia sangre, algunos intentan auxiliarle; pero una mujer hermosa que rebuja su atrevido busto en un pañolón de Manila y lleva á la cabeza un ramillete de claveles, cuyo rojo matiz resulta pálido comparado con el de los labios de su poseedora, se acerca al grupo que rodea á Manolo, se arrodilla junto á él, rasga la camisa de éste y con sus girones y el pañuelo que trae en la mano procura atajar la sangre que á borbotones mana de la herida.

– ¡Manolo! ¡Manolo mío!, dice amorosa y angustiada mirándole fijamente como si con los destellos de sus ojos intentara curarle.

Manolo al sentir aquel timbre de voz que le llama, suspira, entreabre los párpados. Se refleja en las pupilas el estupor;... luego infinita ventura, y su rostro amarillento traza una sonrisa de satisfacción.

Lola ruega á uno de los espectadores que avise un coche para trasladar al herido á la Casa de Socorro; todos se ofrecen á hacer la comisión, incluso un pobre y desarrapado vejete que murmura:

– Por una mujer tal como «la Reina,» soy yo capaz de tirarme á un pozo.

## IV

El médico de la Casa de Socorro no las tuvo todas consigo al auscultar al enfermo: la herida era de gravedad; pero al día siguiente cuando visitó á Manolo en su domicilio y vió colocada á la cabecera del lecho á una enfermera tal como «la Reina,» no atribuyó la mejoría á cosa de milagro; el buen doctor se contentó con guiñar los ojos y sonreir maliciosamente...

. . . . . . . . . . . . . . . . .

Al declinar la tarde, cuando los obreros abandonan sus talleres y el último rayo de sol cae sobre las tejas de las buhardas, «la Reina» abandona su labor de costura y espera la llegada de Manolo: mientras, se entretiene en besuquear á un chicuelo que á sus pies juguetea con los soldados de plomo y el caballito de cartón...

Nada más hermoso que el cuadro que se ofrece cuando Manolo entra en su casa y ve á su esposa y al chiquitín, los cuales, alegres y sonrientes, le llaman el uno: «Papá,» «Papá,» y la otra: «¡Manolo mío!» Es una dicha real y pura, un poema ignorado, que no tiene más testigo que un gato rubio que perezosamente hace su *toilette* en el alféizar de la ventana...

Alejandro Larrubiera



EL PALACIO DEL PARLAMENTO AUSTRIACO EN VIENA

## LOS PARLAMENTOS LE EUROPA

### II

### AUSTRIA

Seguramente no hay en el mundo ningún Estado cuyo gobierno sea más complexo que el del imperio austro-húngaro, dividido, como Francia, en provincias, y poblado de nacionalidades diversas: alemanes, tscheques, italianos, polacos, etc. Se hubiera necesitado para regirle un principio federativo; y por otra parte, no pudiéndose llegar á la centralización absoluta, se ha elegido un término medio: el dualismo.

El imperio está dividido, efectivamente, en dos partes distintas: la Hungría ó Transleitania, y los demás países de S. M., representados en el Reichsrath de Viena, constituyendo el conjunto la Cisleitania. Esta última y Hungría tienen su representación central, la una en Budapest y la otra en Viena.

La constitución dualista, establecida en 21 de diciembre de 1867, considera comunes entre Austria y Hungría:

1.° Los asuntos exteriores é internacionales.

2.° Las cuestiones relacionadas con la guerra y la marina, excepto, sin embargo, el voto del contingente y de la legislación sobre la organización del servicio.

3.° Los asuntos financieros en todo cuanto concierne á los gastos comunes á las dos mitades del imperio.

Hasta 1867 no hubo en Austria un régimen liberal. Después de los desastres de 1859, Magenta y Solferino, el emperador Francisco José había querido ya volver al régimen constitucional.

Después de las derrotas de 1866, Nachad y Sadowa, consintió en hacer el ensayo de un régimen dualista y liberal, que por otra parte era el único sistema preconizado por Mr. de Beust, aquel ministro sajón que el emperador hizo venir de Dresde para labrar la felicidad de Austria. La autonomía de Hungría quedó asegurada, y el emperador se comprometió á dejarse coronar en Budapest.

La constitución de Austria tiene por base un diploma imperial del 20 de octubre de 1860, la ley constitucional del 21 de diciembre de 1860 y otras varias sobre la representación nacional. La Cisleitania es un Estado representativo; y el órgano de la representación nacional es el Reichsrath, que se divide en dos cámaras: la de los señores *(Herrenhaus)*, y la de los diputados *(Abgeordnetenhaus)*.

La cámara de los señores cuenta en la actualidad 180 individuos, componiéndose de los príncipes mayores de la familia imperial, de cierto número de representantes de grandes familias, á quienes el emperador ha concedido el título de par hereditario, de nueve arzobispos, de siete príncipes obispos, y por último, de personajes distinguidos, nombrados á perpetuidad por el emperador. El número de individuos de la cámara de señores es ilimitado y ninguno tiene tratamiento.

La ley que la cámara de diputados vota y que la de señores rechace vuelve otra vez á la mesa de la primera cámara. La de los señores no tiene generalmente importancia en Austria, y como al emperador corresponde siempre el derecho de completarla por nombramientos, dicho se está que nunca deja de ser gubernamental. De la cámara de los señores es ahora presidente el príncipe Irautmannsdorf y vicepresidentes los príncipes Schwenburg y Constant Czartoryski.

La cámara de los diputados cuenta 353 individuos, de los cuales 85 son elegidos entre los grandes propietarios *(Grossgrundbesitz)*, 132 por las aldeas, 116 por las ciudades y 20 por las cámaras de comercio *(Handels und Gewerbe kammer)*.

En la propiedad grande, todo poseedor de tierras que pague cierta contribución tiene derecho de votar. Dicha propiedad comprende dominios que pagan en general 100 florines (250 pesetas) de impuestos, algunas veces 200 ó 250 y más raramente 50.

Los electores de esta categoría pueden votar excepcionalmente por medio de procuración. Las mujeres, si gozan de sus derechos independientemente y si han cumplido 24 años, figuran entre los electores de esta clase, ejercen sus derechos conforme á la legislación local, y suelen votar por conducto de sus esposos, ó por mandatario si son solteras ó viudas.

En las ciudades tienen igualmente derecho de votar los ciudadanos que pagan un impuesto directo de 5 florines ó poseen grado universitario. Las cámaras de comercio, cuyos individuos son nombrados por los traficantes é industriales, pueden elegir cada cual un diputado. En cuanto á los pueblos, ó mejor dicho los campesinos, carecen del derecho de elección directa, pero nombran electores *(Urwahler)*, cuyo número varía en cada pueblo según el de habitantes, y estos electores nombran á su vez un diputado. Cada municipio propone un elector de segunda clase por cada 500 habitantes ó fracción de este número para arriba: los municipios de 500 habitantes nombran un solo elector.

Actualmente hay en la cámara de diputados once grupos ó clubs, y diez y seis independientes *(Wilde)*, que no pertenecen á ninguno de aquéllos. No hay parlamento en Europa donde el despotismo de los grupos se manifieste de una manera tan absoluta como en Austria, hasta el punto de ser extraordinariamente raro que una ley aprobada por los clubs de la mayoría sea rechazada por la cámara, aun en el caso de que tal ley no hubiera obtenido en cada club sino el estricto número de votos necesarios, y hasta en la mayor parte de los clubs los individuos no tienen derecho de ausentarse mientras se trate de votar una proposición contra la cual se declararon en el club, salvo el caso de tratarse de una cuestión religiosa.

Casi todos los clubs han aceptado esta organización autoritaria, á lo cual se debe que en la cámara no interesen los debates á nadie, pues todo el mundo conoce de antemano el resultado. Los clubs tscheques y polacos en particular, tienen una disciplina muy severa, que impedirá á los alemanes recobrar su influencia si alguna vez llegan á perderla.

Los principales clubs que componen la mayoría son: el de los tscheques, que cuenta 57 individuos; el de los jóvenes tscheques, 7; el de los polacos, 56, y el centro derecho, 34; que son casi exclusivamente eslovenses, pueblo eslavo de la provincia de Carniola y una parte de la Estiria. Después vienen el centro católico, llamado también club del príncipe Liechtenstein, compuesto de 19 individuos; el de los italianos, 7; el centro izquierdo ó club del conde de Coronini, 11; y por último, el partido de la oposición alemana, en el que se hallan el gran club austro-alemán *(deutsch-œstereichischer club)*; el de los alemanes nacionales, en parte antisemita, y finalmente el club antisemita por completo.

El presidente de la cámara es M. Francisco Smolka, un polaco que era ya presidente en 1848 y que durante ese año tan turbulento, después de la fuga del emperador Fernando, fué verdaderamente director del imperio.

M. Smolka es el hombre más estimado de Austria; todos los partidos políticos se inclinan ante él y el emperador le profesa gran amistad. La voz temblorosa de este anciano es bastante para acallar la de los más fogosos oradores, pues la autoridad de este presidente es por todos reconocida y respetada.

Los tscheques y los polacos son los principales apoyos del Gabinete actual, presidido por el conde Taaffe. El jefe del antiguo partido tscheque, M. Ladislao Rieger, figura entre los más notables oradores de la cámara. Les jefes del partido polaco son M. Yaworski y el príncipe Jorge Czartoryski.

Las dos cámaras tienen el derecho de votar el presupuesto y las contribuciones, la ley militar y todas las que conciernen á la mitad austriaca del imperio. Ratifican los tratados políticos y los de comercio, por lo menos los que podrían modificar las fronteras; y todos los años deben elegir una delegación, que con la del parlamento húngaro se ocupa de los asuntos relativos á las dos mitades del imperio, así como de la Bosnia y de la Herzegovina, administradas por el ministerio austro-húngaro.

Los ministros son casi todos diputados. El presidente del Consejo, M. Taaffe, el coco de los alemanes, pero en cambio el mejor amigo del emperador, es el primer ministro austriaco que ha conseguido establecer un sistema estable, y á él le deben los polacos y los tscheques haberse librado del yugo alemán.

El parlamento austriaco celebra sus sesiones en un monumento de magnífico aspecto que se eleva en el *Ring Strasse*, esa calle de Viena que, según la idea de los que la trazaron, debía ser una especie de vía triunfal.

El interior del edificio es tan suntuoso como el exterior. Allí se han acumulado todas las mejoras que la electricidad pone á disposición de nuestra época, y se ha hecho la prueba de todas las máquinas de votar que existen. No sería de extrañar que se hubiese instalado ya en ese palacio el fonógrafo. Todo es hermoso, todo es nuevo en el parlamento austriaco. Solamente la política que en él se hace es lo que no vale nada, al decir de algunos.

X



VÍCTIMAS Y VERDUGOS, dibujo á la pluma de D. J. Luis Pellicer



LA PRESENTACIÓN Á LOS PASTORES, cuadro de Murillo, grabado por Baude. Existente en el Museo del Prado de Madrid

## LOS BUITRES

La persona que por primera vez vea un buitre y no conozca los servicios que presta en la economía de la naturaleza, no se figurará que esta ave, por lo general de feo y hasta asqueroso aspecto, puede jugar un papel tan importante para los habitantes de los países meridionales.

Los buitres son los que tienen á su cargo en esas zonas impedir que el aire se infeccione de aquellos gases, tan perjudicales para los organismos superiores, que se desarrollan cuando el cuerpo animal muerto se descompone bajo la influencia del calor y del sol. Mientras en el alto Norte la naturaleza cubre el animal muerto con helada capa de nieve y convierte por



EL BUITRE FRAILE

medio del frío toda la parte líquida del cadáver en finos cristales de hielo, que le ponen en aptitud de poder conservarse por miles de años, en los países meridionales los animales han de ser los encargados del entierro de aquél; millones de insectos, los perros vagabundos ó completamente salvajes, y ante todo los buitres, esos incansables vigilantes por la salud pública, llevan á cabo tal operación con la mayor brevedad. Antes de que la putrefacción, que en estos países tan pronto deshace el cuerpo exánime en sus elementos, haya acabado su obra de destrucción, se presentan esas aves, generalmente tan despreciadas, y entierran en su buche todo lo corrompible, y con tal prisa proceden, que en menos tiempo del que uno puede imaginarse ha desaparecido todo lo que amenazaba emponzoñar la atmósfera.

Hasta la fecha conocemos unas veinte especies de buitres, de las cuales pertenecen siete á América y las restantes al mundo antiguo. En Australia, el continente de las controversias, no hay buitres, mientras en Europa habitan cuatro especies, si contamos entre ellas, el *buitre orejudo (Vultur auricularis)*, que aunque habitante de Africa, ha sido visto en Grecia.

Cada especie de buitre se diferencia de las otras, y bastante; á pesar de esto, en sus costumbres y modo de vivir se parecen tanto todos los buitres, por lo menos los grandes, que con la descripción de una sola especie de estas, puede formarse el benévolo lector una idea bastante exacta de las demás clases.

Las cuatro citadas especies de buitres europeos podemos dividirlas en tres clases:

1.ª *Buitres de cabeza grande y pescuezo grueso y corto* (buitre orejudo y buitre fraile, *Vultur auricularis* y *Vultur cinereus*).

2.ª *Buitre de cabeza pequeña ó angosta y cuello largo y delgado* (buitre ganso, *Gyps fulvus*).

3.ª *Buitre de cabeza pequeña, de pico largo, delgado y puntiagudo y de pescuezo corto (buitre sucio*, llamado vulgar aunque erróneamente *quebranta-huesos, Cathartes percnopterus)*.

Esta última especie se puede mirar como la transición de las aves de rapiña verdaderas *(aves rapaces)* á los cuervos *(coraces)*.

Sobre el buitre orejudo ha hecho mi hermano las observaciones más completas en Africa (Egipto, Nubia, Sudán, Cordofán y Darfur); en cuanto á mí, no le he visto nunca vivo y en libertad Mi hermano tampoco ha podido encontrar ningún nido de este pájaro, y sólo por los indígenas ha sabido que éste lo construye en árboles y pone en él un huevo blanco

De los otros tres buitres europeos, del abanto, buitre ganso y *Cathartes* ó buitre sucio, puedo hablar por experiencia, porque los he observado y he estudiado su vida y costumbres hace más de treinta años.

Estas tres especies habitan la Europa meridional, el Norte y la costa Oeste de Africa y parte de Asia.

En Europa las encontramos en España, Grecia, Turquía, península de los Balcanes, Hungría y Transilvania, y en España en casi todas las cordilleras elevadas, sean éstas escarpadas y áridas, ó estén pobladas de bosques, con tal que las últimas tengan árboles gruesos y altos, y las otras ofrezcan sitios á propósito para el nido, tales como peñas perpendiculares y de bastante altura; en tales casos no faltarán los buitres, aunque en una sierra prevalezca más una especie de ellos y en otra la otra.

El abanto ó buitre fraile hace su nido siempre en los árboles, mientras los otros dos lo construyen en los riscos. Esto por lo menos sucede en España, y según mi opinión será lo mismo en otros países, aunque algunos naturalistas digan lo contrario.

Ya á últimos de enero ó en febrero han construído los grandes buitres su nido, que se compone de unos cuantos palos del grueso de un brazo, de otros más delgados como capa segunda y por último de otros aún más finos como tercera y última. En cuanto el nido está acabado pone la hembra en él un solo huevo; aunque algunos observadores hablan de dos huevos, yo por lo menos no he visto nunca más que uno en los ciento y tantos nidos de buitre que he visitado ó mandado á reconocer. El huevo tiene 3 ½ pulgadas (medida antigua de París) de largo por 2 ½ de grueso, es de color blanco ligeramente azulado y de cáscara muy áspera y gorda. No teniendo uno juntos el huevo del buitre ganso con el del abanto, es casi imposible distinguir el uno del otro, tanto se parecen; el del último es de tamaño un poco mayor.

La tercera especie, el buitre sucio ó *Cathartes*, anida en marzo y pone más de un huevo, según algunos hasta cuatro, en su nido construído siempre en un risco alto é inaccesible.

Los huevos son de un color blanco sucio, manchado de pintas rojizas de mayor ó menor extensión.

El empollar los huevos toca á la hembra, y mientras está ocupada en tan importante tarea le lleva el macho la comida al nido, que ella deja sólo por cortísimo tiempo para bañarse, sustituyéndola mientras tanto el macho

Los buitres gansos crían frecuentemente en colonias, sobre todo cuando encuentran un risco muy á propósito para sus nidos. Conozco una tal colonia en la Sierra de Guadarrama y en el paraje llamado «el Guejigar,» donde he visto en una peña muy larga, elevada é inaccesible, 28 nidos de ese pájaro juntos, separados alguna vez uno del otro apenas por un metro de distancia. Debajo de esas peñas había dos nidos de abanto en dos altos pinos de muy espeso ramaje, y estaban los tales nidos de tal manera construídos, que ocupaban toda la copa del árbol. Allí también anidaba una pareja de *Cathartes* en una rendija de la peña, y en unión con los buitres otra de cigüeñas negras *(Ciconia nigra)*.

Los buitres para empollar sus huevos emplean cuatro semanas; pasadas éstas nace el pollito, cubierto todo su cuerpo de finísima lana blanca. Los padres le cuidan mucho y le llevan la comida ya medio digerida en su buche, cebándole una ó dos veces diarias, vomitándole el alimento en su pico con tanta abundancia, que con una comida tiene bastante para todo el día. Unos cuatro meses necesita el pollo para su completo desarrollo si su alimentación ha sido siempre abundante.

El abanto ó buitre fraile *(Vultur cinereus)*, así llamado por el color de sus plumas, que es un solo pardo obscuro, y también por los mechones de ellas, que le salen alrededor de la parte desnuda del cuello y que le dan el aspecto de un monje que lleva el hábito con la capucha, no abunda tanto como el buitre ganso. Es una de las aves más grandes de Europa y mide de una punta del ala á la otra 9 pies y 7 pulgadas. Su cabeza es gorda, armada de un pico grueso y fuerte, con el cual rompe el buitre de un solo golpe huesos bastante grandes, hasta las costillas de un caballo. Parte de la cabeza está cubierta de una especie de finísima lana de color castaño, mientras alrededor de los ojos señala unas manchas desnudas, de color azul claro, que es el mismo que presenta el cuello del todo desnudo.

El abanto se alimenta, como los demás buitres, de carne muerta y la come aunque esté ya en completa putrefacción.

Como deglute con indescriptible ansia pedazos hasta de tamaño de un puño, se traga muchas veces huesos ó pedazos de ellos, que digiere, sin embargo, en su buche con la misma facilidad que si fueran carne. La fuerza digestiva de los buitres es igual á su insaciable apetito. Lo que entra en el buche de tal pajarraco queda digerido en minutos, con tal que sea materia orgánica, por el poderoso jugo digestivo que contiene el buche, y no sólo dentro de éste son digeridas las cosas, sino también fuera, y hasta algunas horas después de muerto el buitre conserva ese jugo todavía su fuerza activa.

He matado buitres á los cuales había tocado algún perdigón en el buche, perforando sus membranas y saliendo por los agujeros el jugo que contenía. Donde tocaba ese jugo curtía en minutos la piel, caían las plumas y al querer yo disecar la pieza estaba la piel ya tan macerada que se rompía como tejido deshecho ó podrido.

Los buitres se alimentan con carne muerta, como hemos dicho, y sólo cuando no han podido encontrarla y tropiezan por casualidad con algún animal enfermo ó herido, que no se puede mover ni oponer resistencia, le atacan, le matan á picotazos y se lo comen.

Muy corriente es todavía la creencia de que el buitre se siente atraído por su fino olfato al sitio donde yace el cadáver de algún animal; tal creencia es una equivocación, porque en los pájaros, sean los que sean, el olfato es sentido muy poco desarrollado, mientras el de la vista no tiene igual entre los otros seres animados. Sólo por la vista descubren los buitres su alimento, y le descubren á distancias de miles de metros. Los buitres se elevan por la mañana á tales alturas que nuestro ojo no les puede distinguir; desde allí observan todo el terreno que debajo de ellos se extiende y en cuanto descubren que los perros medio salvajes se juntan en cierto punto ó que por encima de aquel sitio se ciernen cuervos ó milanos, se dejan caer desde su altura á unos mil metros sobre el suelo para ver más de cerca y cerciorarse de lo que allí abajo pasa.

Otros buitres, que desde lejanas distancias ven que uno de sus semejantes se ha bajado de la posición que en el éter ocupaba, se dirigen con la velocidad del rayo al lugar que el otro ocupaba, y viendo á éste describir en el aire sus círculos por encima del animal muerto, se bajan también, encogiendo sus poderosas alas y dejándose caer por el propio peso de su cuerpo cual pesada piedra. Llegados cerca del primero, despliegan las alas otra vez y siguen el ejemplo de su compañero.

En poco tiempo se juntan por encima del cadáver del animal hasta 60 y más buitres.

Cuando se han asegurado por medio de un escrupuloso reconocimiento de los alrededores de que no les amenaza ningún peligro, se tiran sobre el animal muerto, espantan con fuertes picotazos á derecha é izquierda á perros, cuervos y milanos; destrozan el cadáver con prontitud increíble y le entierran hasta los huesos grandes de las piernas, cabeza y columna vertebral en sus buches, quedando luego tan repletos de comida, que tienen que aguardar la primera digestión, que se verifica en el buche, para poder elevarse otra vez con pesado vuelo por los aires.

Habiendo visto reunido tal número de buitres alrededor de un caballo muerto, que había mandado colocar en sitio á propósito y despejado, como yo he tenido ocasión de verlo en la sierra de Guadarrama, número que pasaba algunas veces de 100 ejemplares, no me cabe duda que habían acudido al festín, no sólo todos los buitres que habitan las dos Castillas, sino también comensales desde Aragón, Asturias y Andalucía.

DR. BREHM

## SECCIÓN CIENTÍFICA

### LA «EXCHANGE TELEGRAPH COMPANY» DE LONDRES Y SUS INSTALACIONES

Todos los que leen periódicos saben que la mayor parte de las noticias de última hora en los diarios políticos contenidas proceden de ciertas agencias

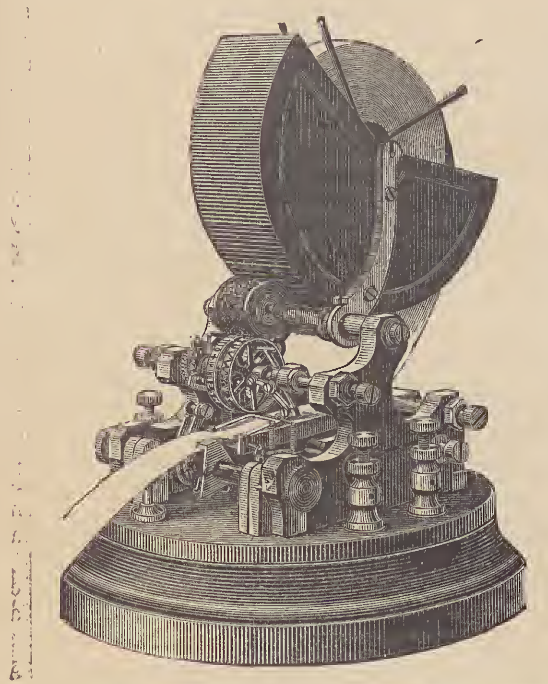


Fig. 1. Aparato receptor de las instalaciones de la *Exchange Telegraph Company*, de Londres

centrales: éstas suelen estar constituídas en grandes sociedades y tienen sus principales residencias en distintas capitales de Europa, especialmente en Londres, transmitiendo telegráficamente á sus abonados las noticias que de todos los puntos llegan á ellas.

Una de estas agencias es la *Exchange Telegraph Company* que reside en Londres y que, como su nombre lo indica, se consagra en primer término á la transmisión de noticias bursátiles y mercantiles, teniendo para ello una organización muy particular, en virtud de la cual todo el servicio de despachos se hace automáticamente por medio de aparatos que describiremos con algún detenimiento. Este servicio automático es indispensable para la buena marcha de la citada Compañía, cuya misión le impone el deber de transmitir á los abonados las oscilaciones de Bolsa, cada día más en aumento, con la misma rapidez con que se producen. Digamos de paso que esa Compañía ha llenado desde su fundación (1872) con la mayor puntualidad su difícil cometido y que en Nueva York funciona con el nombre de *Gold and Stock Telegraph Company* una Sociedad organizada de una manera análoga.

La *Exchange Telegraph Company* no se limita, sin embargo, á la transmisión de las cotizaciones de la Bolsa de Londres, sino que, á los pocos años de fundada, extendió su esfera de acción á las noticias de toda clase, políticas, de *sport*, etc. La propagación general y rápida de esos despachos por medio de los aparatos automáticos de la Sociedad ha obtenido un éxito completo, hasta el punto de que éstos no faltan en ninguno de los buenos casinos de Londres y se van generalizando en muchas casas particulares. La Compañía ha extendido recientemente sus servicios á las principales ciudades de las provincias inglesas.

El principio en que se funda todo el sistema cuya utilidad hemos demostrado, consiste en mover por medio de un aparato instalado en la oficina central y con simultaneidad perfecta todos los aparatos de los abonados unidos á aquél por medio de alambres especiales. De esta suerte cada noticia llega á un mismo tiempo á conocimiento de todos los abonados y se evitan los inconvenientes que cualquier retraso pudiera producir.

El sistema del telégrafo impresor consiste, en su esencia, como es sabido, en que haya en la estación transmisor y en la receptora dos aparatos de marcha sincrónica, es decir, que en un mismo período de tiempo ejecuten un mismo movimiento. Ambos aparatos van provistos de unas ruedas en las que sobresalen las letras del alfabeto y debajo de las cuales hay en la estación que transmite una tecla y en la que recibe una tira de papel que un electromagneto puede oprimir contra la rueda impresora. Ahora bien; como las ruedas impresoras de ambos aparatos se mueven sincrónicamente, cuando en la estación transmisora la letra M, por ejemplo, se encuentra sobre la tecla, en la transmisora la misma letra estará sobre el papel y si se oprime la tecla, pasa la corriente por los electromagnetos, el papel se pone en contacto con la rueda (que toma tinta de un cilindro especial) y la letra M queda impresa en el mismo.

La *Exchange Telegraph Company* no se limita á dos aparatos sincrónicos, sino que con el aparato de su oficina central dirige el movimiento de más de 500 telégrafos impresores sincrónicos que tienen montados los abonados en sus domicilios.

La cuestión principal estriba en que todos esos telégrafos impresores se muevan sincrónicamente entre sí y respecto del aparato central. En los mismos telégrafos impresores de uso ordinario, en los que sólo hay dos aparatos unidos entre sí, no se puede empezar á telegrafiar hasta que telegráficamente se haya colocado en igual posición á los dos instrumentos. En el sistema de que nos ocupamos, la cosa es más difícil porque los aparatos receptores no están al cuidado de telegrafistas expertos; por esto se ha establecido que dando dos vueltas á una rueda de mano del aparato transmisor, todos los aparatos receptores tengan la rueda impresora colocada en el cero.

Los aparatos receptores (fig 1) son todos iguales exteriormente considerados, pero interiormente presentan algunas diferencias según que sirvan sólo para recibir noticias ó noticias y cotizaciones bursátiles: en el primer caso no tienen más que la rueda impresora y no se comunican con la Central más que por un alambre; en el segundo poseen dos ruedas, una con letras y otra con números, y necesitan dos alambres. A fin de que estas dos ruedas puedan imprimir en un mismo papel, están dispuestas de modo que se deslizan por su eje, produciéndose este movimiento por la acción de los electromagnetos. La rueda que ha escribir se encuentra siempre sobre la tira de papel mientras la otra permanece á un lado. El grabado núm. 1 representa uno de estos aparatos con dos ruedas.

En los aparatos que por estar únicamente destinados á la transmisión de noticias no tienen más que un hilo conductor, los dos electromagnetos que sirven para mover la rueda impresora y los dos que hacen subir el cojinete están gobernados por el mismo circuito de una corriente y dispuestos de modo que los primeros se mueven por impulsos cortos, al paso que los segundos entran en actividad en cuanto la depresión del botón que se ve á la derecha del grabado núm. 2 produce una corriente más larga.

El transmisor instalado en la Central (fig. 2) mueve de 500 á 1.000 aparatos receptores: tiene, como la generalidad de las máquinas para escribir, un teclado para las letras y los números, sobre el cual gira, movido por un electromotor, un eje con unos palitos que corresponden á cada una de las letras. Cuando se oprime una tecla se produce un contacto con el palito de la letra correspondiente y con ello se cierra la corriente del alambre que gobierna el cojinete del receptor. El eje corre de una manera igual y regular y hace que se cierre en el otro alambre la corriente necesaria para el movimiento sincrónico de la rueda impresora.

La fuerza electromotora para poner en actividad todo este sistema, se obtiene con dinamos movidas por un motor hidráulico. La corriente así obtenida se reune en acumuladores y de éstos es tomada cuando se necesita. Estos acumuladores forman tres baterías especiales, compuesta cada una de 70 celdas de la forma conocida con la designación de E. P. S.

El grabado núm. 3 reproduce en la mitad de su tamaño los despachos que lentamente se van desarrollando en los aparatos receptores: la parte superior representa un despacho de noticias; la inferior una cotización. En esta última se distingue la impresión de las dos ruedas por la desigual altura de las letras y de los números.

He aquí la manera como la Sociedad explota su ingeniosa industria.

La Compañía tiene corresponsales en todas las ciudades inglesas y en las principales del continente, y además la conocida agencia Reuter le facilita todas las noticias para que inmediatamente las transmita á sus abonados: por otra parte, está en comunicación telegráfica con las cámaras de los Lores y de los Comunes, lo que le permite transmitir á sus abonados los discursos casi al mismo tiempo que se pronuncian, de modo que las redacciones de los diarios y los casinos pueden enterarse de ellos como si asistieran á la sesión. Los resultados de las votaciones, especialmente, son conocidos en todos los ámbitos de Londres al cabo de un minuto de verificadas. En ocasiones especiales se montan instalaciones análogas á las de las cámaras en otros sitios. Dado el importante papel que el *sport* desempeña en la vida pública de Inglaterra, la transmisión de las noticias de este género constituye una de las principales tareas de esa Compañía.

Las cotizaciones de Bolsa y de los mercados que comunica la Sociedad alcanzan por término medio la cifra de 1.100 notas sueltas al día. El material más abundante para las mismas proporciónalo naturalmente la *Londoner Stock Exchange*, pero también reciben los abonados varias veces al día noticias de todas las demás Bolsas europeas. Todos los sucesos ocurridos en el mercado, los movimientos experimentados por los precios de los metales preciosos, el estado de los mercados indios y coloniales, son especialmente comunicados con la mayor rapidez posible.

Sabido es que la prontitud con que son conocidas, propaladas y comunicadas á los periódicos de Inglaterra, y sobre todo en Londres, todas las noticias, causa gran admiración á los que por vez primera visitan esa ciudad colosal: pues bien; esta prontitud se debe principalmente á la actividad de la *Exchange Telegraph Company*, de cuyas instalaciones, aún no introducidas en el continente, hemos consignado algunos datos que esperamos habrán interesado á nuestros lectores.

E. THOMAS

(De la Revista alemana *Prometheus*)

### LA ELECTRICIDAD (1)

«... La electricidad en concepto de ciencia estudia un orden especial de fenómenos perfectamente limitado, al menos por el pronto, y perfectamente definido, y la electricidad como causa es aquella energía á la que estos mismos fenómenos deben su origen, con lo cual sólo nos resta definir el aspecto, la forma, las condiciones y las leyes de dicho grupo de fenómenos ó hechos naturales.

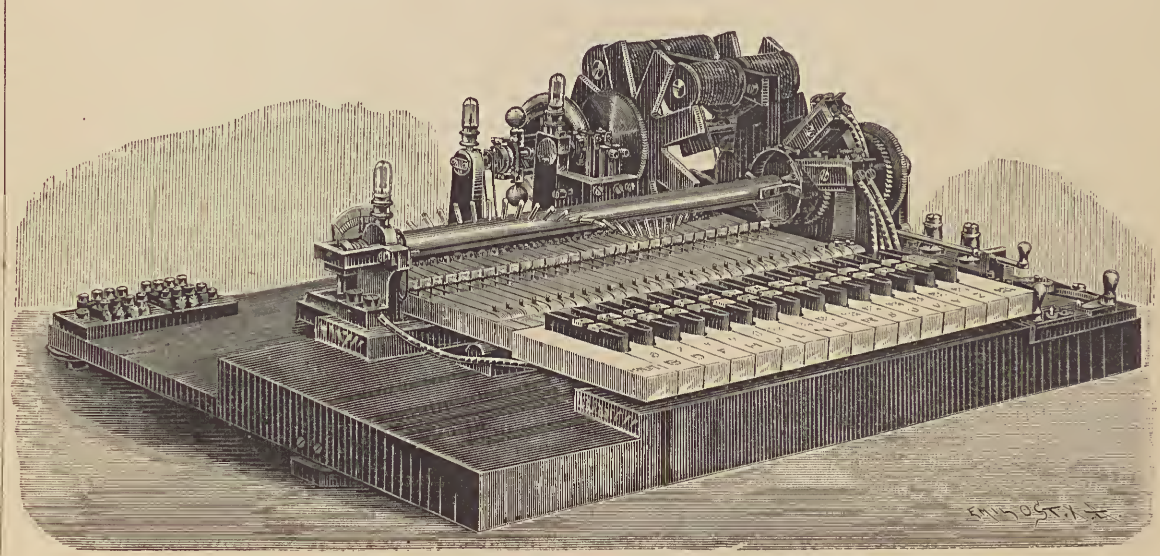


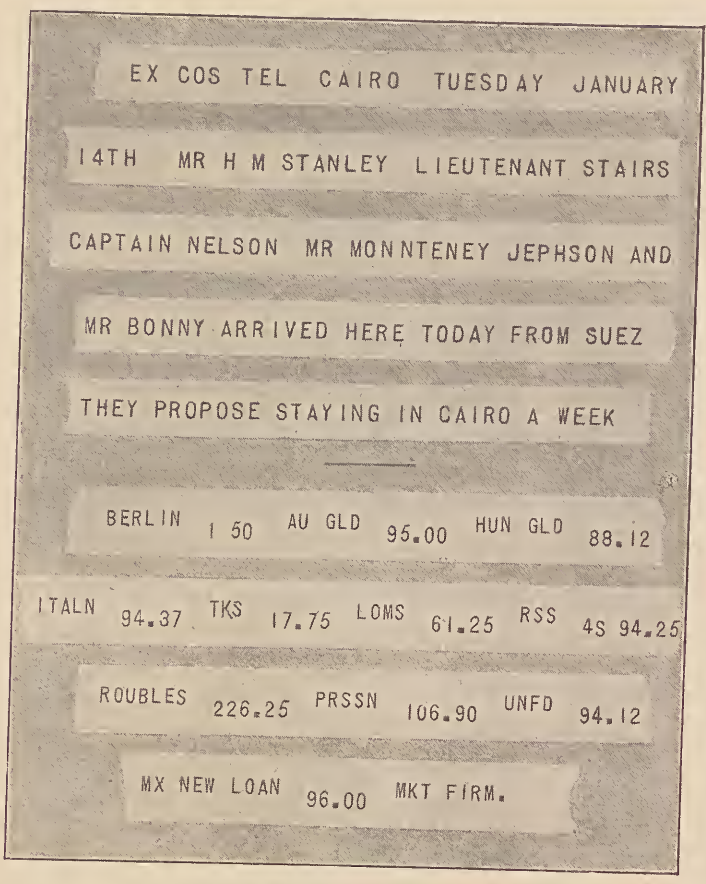
Fig. 2. Aparato transmisor de la *Exchange Telegraph Company*

(1) Tomándolo del DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO que edita esta casa, publicamos este fragmento d l artículo ELECTRICIDAD, debido á la pluma de D. José Echegaray, que creemos interesará á nuestros lectores y que constituye una especie de introducción ó descripción poética con que el eminente físico y elegante y castizo escritor encabeza el primoroso trabajo científico que ha escrito para la referida obra.

»En una palabra, debe verse cuál es el carácter especialísimo de los fenómenos eléctricos, cuál es el carácter común por el cual se forma con todos ellos un grupo, y en qué se diferencian de los demás fenómenos del universo material, como, por ejemplo, los caloríficos, lumínicos, acústicos ú otros cualesquiera.

»Definir una ciencia es limitar un grupo de hechos, á la manera que limitar un Estado es trazar la línea de sus fronteras; pues véase cuál es el grupo de los fenómenos eléctricos y qué contorno los limita separándolos de los restantes.

»Los hechos primitivos y más elementales que revelan un origen eléctrico se reducen á atracciones y repulsiones de cuerpos sumamente pequeños, como trozos diminutos de papel, barbas recortadas de pluma ó bolillas de saúco; pero hay otra multitud de hechos que á primera vista ninguna conexión tienen con los anteriores, y que, sin embargo, obedecen á las mismas leyes y dependen de la misma causa. ¡Qué hechos tan distintos al parecer! ¡Qué abismos entre la terrible línea sinuosa del rayo, el fragor del trueno, la luz deslumbradora del relámpago que enciende los espacios y un cuerpecillo insignificante, bueno cuando más como juguete de niño ó como adorno mujeril! Allá en el fondo del gineceo, una belleza helénica rodeada de jóvenes esclavas se entretiene en frotar las cuentas de su collar múltiple, cuentas de ámbar amarillo, que mercaderes fenicios trajeron de las costas del Báltico. Y después cogen entre todas alguna blanca paloma de las que vienen á beber en la fresca linfa de la fuente de mármol que adorna el próximo jardín, y con los electrizados granillos atraen las recortaduras de las alas del ave predilecta de Venus.


EX COS TEL CAIRO TUESDAY JANUARY
14TH MR H M STANLEY LIEUTENANT STAIRS
CAPTAIN NELSON MR MONNTENEY JEPHSON AND
MR BONNY ARRIVED HERE TODAY FROM SUEZ
THEY PROPOSE STAYING IN CAIRO A WEEK

BERLIN I 50 AU GLD 95.00 HUN GLD 88.12
ITALN 94.37 TKS 17.75 LOMS 61.25 RSS 4S 94.25
ROUBLES 226.25 PRSSN 106.90 UNFD 94.12
MX NEW LOAN 96.00 MKT FIRM.

Fig. 3. Muestra de los despachos telegráficos expedidos por la *Exchange Telegraph Company*. 1/2 de su verdadero tamaño

»Esto en la baja tierra y en los inocentes juegos de un *boudoir* clásico; y fuera, y lejos, y en lo alto, nubes tempestuosas que el aquilón arrastra, masas obscuras que entre sí chocan en los aires como monstruos de las tinieblas empeñados en fantástica batalla; la chispa eléctrica que en rápida serie de gigantescos ángulos busca su equilibrio, y un estampido que las montañas, con sus ásperas gargantas, repiten una y otra vez hasta que se debilitan y se pierden sus ecos.

»¡Quién podría alcanzar por aquellos tiempos poder sintético suficiente para unir en una sola teoría fenómenos al parecer tan opuestos! ¡Quién podría adivinar que las atracciones del electrón, el rayo de Jove y la piedra de Lidia eran una misma cosa, y que al cabo de algunos siglos el ámbar, el rayo y el imán formarían trípode misterioso, más misterioso y más sublime que el de todas las sibilas!

»Y sin embargo, todos estos hechos son en el fondo, y según todas las probabilidades, uno solo repetido y combinado consigo mismo bajo mil y mil apariencias diversas. Citemos, en efecto y sin más comentarios, una serie de hechos que podemos llamar eléctricos, en cuyo seno se agita como causa única la electricidad y el estudio de cuyo conjunto determina la ciencia de este nombre.»

. . . . . . . . . . . . . . . . .

«Tuvo ocasión de observar el hombre la electricidad por vez primera en la resina fósil 600 antes de J. C. Más adelante aparecen fenómenos análogos, es decir, fenómenos de atracción y de repulsión por el frotamiento en otras diversas substancias, como las piedras preciosas y la turmalina, y del ámbar y de su propiedad eléctrica ya hemos hablado anteriormente, propiedad extraña y maravillosa que el espíritu poético y religioso de los griegos explicaría de una manera análoga á aquella otra con que explicaba el origen del ámbar mismo con los expeditos y pintorescos recursos de su mitología.

»Es el caso que el Sol tuvo un hijo, aquel travieso y mal aconsejado Faetón que se hizo célebre por su insigne torpeza, por su descomunal caída y por haber dado nombre á un género especialísimo de vehículos, que la moda utiliza de cuando en cuando. Y tuvo el padre del día otras tres hijas, las poéticas y sensibles *heliadas*, que al saber la desgracia de su buen hermano pusiéronse á llorar, y con llanto tan inagotable que cuatro meses enteros lágrima á lágrima gotearon todas las de sus ojos, hasta que, enternecido el corazón de los inmortales, pusieron término á su dolor, convirtiendo en olmos á las tiernas doncellas y en granos de ámbar las lágrimas purísimas por tristezas fraternales vertidas.

»Pero los filósofos han sido en todos los tiempos descontentadizos en materia de explicaciones maravillosas; siempre han estado, aun los más juiciosos é inofensivos, tocados de impiedad, y las explicaciones que preceden no satisfacían por lo visto al espíritu investigador de Thales, Demócrito, Platón, Plinio, Plutarco y algunos más; de suerte que unos y otros diéronse á inquirir razones y establecer teorías más al natural, aunque menos pintorescas, acumulando, según costumbre, hipótesis sobre hipótesis sin ningún resultado positivo.

»Hasta aquí los fenómenos eléctricos redúcense, según vemos, á uno solo: atracciones del ámbar frotado ejercidas sobre los cuerpos diminutos y ligeros; y es preciso saltar por una larga serie de siglos para venir á nuevos descubrimientos.»

. . . . . . . . . . . . . . . . .

»Otto de Guericke fué quizá el primer hombre que oyó el ruido y vió la luz de la electricidad producida por el frotamiento, es decir, de la electricidad engendrada artificialmente; ruido tan débil, que en el mayor silencio y aplicando atentamente el oído apenas se percibe; luz tan tenue, que en la obscuridad y mirando muy de cerca apenas se nota; fenómeno tan menudo, si así puede decirse, que casi se confunden en él la ilusión y la realidad. Pequeño, mínimo, inapreciable como todo germen; como todo germen potente y misterioso; primer paso, si la imagen es permitida, de la nada al ser.

»Y sin embargo, la chispa eléctrica de Otto de Guericke, que casi no es, que ni se oye ni se ve casi, es más, vale más, contiene más grandezas que todas las nubes tempestuosas del espacio en las líneas crujientes de sus eléctricos bordes. La electricidad atmosférica es espantosa, pero es hoy lo que siempre fué, menos quizás que en los primeros períodos geológicos: la centella de Jove no ha progresado desde sus buenos tiempos; sus ímpetus han decaído, y como caballo que se domestica, bien puede decirse que dejó de ser el monstruo terrible que era, desde que Franklin puso bocado de hierro con las barras de sus pararrayos á las desordenadas violencias de la fiera.

»En cambio la chispa eléctrica de aquel globo de azufre de Otto de Guericke, que nadie más que el buen deseo de su creador podía ver y lograba oir, ha crecido y es rayo en las grandes baterías, corriente en el telégrafo, buzo prodigioso en el cable transatlántico, fuego en el crisol de Siemens, voz humana en el teléfono de Bell, luz en el arco voltaico y en la línea de incandescencia de Edison, fuerza en la máquina de Gramme, acción química en la cubeta galvanoplástica, incansable vigilante en los fuegos y en las inundaciones, mano invisible que cose, teje y borda, fisiólogo prodigioso que penetra profundidades adentro en los misterios de la sensibilidad y de la vida; en suma, ser admirable y benéfico, trabajador incansable y, para decirlo en una palabra, obrero de la civilización.

»Pero Otto de Guericke, célebre burgomaestre de Magdeburgo, aún hizo más: hasta entonces los fenómenos eléctricos estaban reducidos á fenómenos de atracción; el insigne físico observó que los cuerpecillos ligeros podían ser rechazados después de haber sido atraídos, y observó aún que dos hilos próximos y paralelos, suspendidos á un conductor electrizado, se rechazaban mutuamente. Vemos, pues, cómo los hechos se van acumulando, diferenciándose al propio tiempo, y cómo á las acciones atractivas se oponen los efectos de repulsión.

»Ya en el siglo XVIII aparecen las notables experiencias de Gray y Wheeler encaminadas á descubrir si la electricidad puede propagarse á grandes distancias. Ambos físicos, al tender en una galería un cordón de ochenta pies de longitud, eran los precursores de estas extensísimas redes de alambres telegráficos y de cables transatlánticos que hoy envuelven á nuestro globo como si por maravillosa evolución el monstruo se hubiese transformado y fueran apareciendo en su organismo tejidos y filamentos nerviosos de puro hierro.

. . . . . . . . . . . . . . . . .

»Como vamos saltando de cúspide en cúspide al relatar á grandes rasgos la historia de la electricidad, hemos de pronunciar al venir á este punto el nombre de Franklin, en cuyo cerebro brotó esta idea verdaderamente colosal, aunque hoy la pongamos en más modesta categoría, á saber: que la electricidad de los gabinetes de Física, la que engendran las máquinas, la que se acumula en las botellas y en las baterías, no es en el fondo distinta de la que brilla en el rayo y chasca en las nubes.

»El color de la chispa eléctrica, el ruido de su descarga, verdadero trueno en miniatura, la línea angulosa que traza, la muerte que puede dar á pequeños seres al caer sobre ellos y otras muchas semejanzas y analogías engendraron el atrevido pensamiento del gran físico americano, que lanzó su cometa por los aires al seno de nube tempestuosa y que trajo á su dedo en forma de chispa la electricidad que allá arriba circulaba, como domador que obliga al monstruo de los espacios á lamer la mano que le domina, le castiga y le sujeta.

»Así como los ríos en su origen son pequeñas fuentes ó regueras insignificantes, que luego en su curso van recogiendo otros riachuelos y otros ríos menores, hasta que, enriquecido su caudal de esta suerte, desembocan por término de su carrera en el mar, así las ciencias todas, y la ciencia eléctrica como una de tantas, empiezan por un hecho insignificante, recogen en su desenvolvimiento nuevos hechos al parecer distintos del primitivo, y enriquecidas de este modo con caudal cada vez mayor de fenómenos, se dirigen á la gran síntesis científica á que el espíritu humano aspira, y que no es en el fondo más que el símbolo racional de la unidad suprema de la naturaleza.

»Hemos visto, en efecto, cómo la electricidad empieza por mínimos fenómenos de atracción en el ámbar, en las resinas, en el cristal y en las piedras preciosas; hemos visto aumentar estos hechos en número y en intensidad, y aun tomar otro nuevo carácter, apareciendo la chispa eléctrica con su luz y su chasquido; hemos visto, por fin, descender la electricidad atmosférica como afluente, identificándose en una unidad superior la atracción del ámbar frotado, la chispa eléctrica de las máquinas y el rayo de las nubes, y al llegar á este punto nuevos hechos de carácter al parecer distinto vienen á enriquecer la corriente de fenómenos cuyo curso hemos seguido y á enriquecer la historia de la ciencia eléctrica con un nuevo capítulo.

»Hablábamos en uno de los párrafos anteriores de Franklin y de su clásica cometa, y para encontrar algo equivalente á este prodigioso descubrimiento necesitamos saltar de aquella cima de la ciencia humana á otra cima aún mayor, pronunciando el nombre de Volta con tanta admiración y tanto respeto como pronunciábamos el del célebre físico americano.

»Cuentan, y si no es cierto pudo serlo, que un sombrero de copa, esa prenda tiránica y ridícula de nuestra moderna civilización, dió origen nada menos que al teléfono de Bell.

»Y cuentan también, aunque en formas diversas, que una infeliz rana sacrificada por Galvani ó por su mujer Lucía Galeazzi, abrió paso á la corriente eléctrica.

»El ámbar representa la electricidad estática.

»El humilde batracio la corriente del éter, es decir, la corriente dinámica.

»Como más adelante la pequeña aguja imanada representará el magnetismo, que es probablemente una combinación de corrientes.

»Sobre este fantástico y extraño trípode se asienta majestuosa la ciencia de la electricidad con todos sus asombros y maravillas.»



# LADRONA POR AMOR

POR J. BERR DE TURIQUE

Era cosa convenida hacía largo tiempo el matrimonio de Juanita Hombrou con Pedro Tourat; todo el mundo lo sabía, y cuando se encontraba al novio el domingo al pasar por el camino real que conduce desde Tourville á Neuburgo, todos decían: «¡He ahí el hijo del arrendador, que va á visitar á su prometida!»

– ¡Hola! Buenos días, señor Pedro... ¿Cuándo es la boda?

– Creo que por San Juan.

– ¡Por San Juan! ¡Santo Dios! ¡Cuatro meses aún!... Y sin duda le corre á usted prisa... ¿No es así?

– ¡Diantre!... Bien pudiera ser.

– ¡Bien pudiera ser!... Mejor haría V. en decir que así es en verdad... porque al fin y al cabo, Juanita es una hermosa muchacha, que le ama de veras... y bien hace V. en corresponderla, aunque su padre no sea muy digno de aprecio, ni su hija tan rica como la quisiera el padre de V.

Este matrimonio de Pedro con Juanita parecía entonces cosa muy sencilla, porque todos los del país se habían familiarizado con esa idea; mas no era así en un principio.

– ¿Cómo es, decían, que el padre Tourat, el riquísimo arrendador de Neuburgo, consiente en que su hijo se case con Juanita, la hija del padre Hombrou, de ese usurero bribón?

Y á decir verdad, aquel casamiento, ya concertado y admitido, y que solamente se retardó á causa de la juventud de los novios, no pareció realizable al comenzar las relaciones.

El padre Tourat..., el señor Tourat, como se le llamaba respetuosamente en el país, cuya fortuna ascendía á muchos centenares de miles de pesetas, había comenzado por poner el grito en el cielo cuando su hijo le confesó que amaba á Juanita.

– ¡Qué locura!..., exclamó. ¡La hija de un usurero, de un avaro, á quien todo el mundo trata de tunante en el país; una pobre muchacha que ha de trabajar hasta en los días de fiesta, porque ese tacaño rehusa atender á sus necesidades!

– Pero, padre, ¡si la amo!

– ¡Que la amas! ¡Vaya una razón!

– Si no me permite V. casarme con ella... me moriré de pesar.

El buen hombre, enfurecido al pronto, gritó y amenazó. – No tener más que un hijo,... haber trabajado á fin de proporcionarle una fortuna,... y todo esto ¿para qué?... Para dársela á la hija de un bribón.

Pero como Tourat adoraba á su hijo y le era insoportable la idea de que fuese desgraciado, acabó por ceder.

– ¡Vamos!, dijo, tráeme al tío Hombrou para hablar con él.

El padre de Juanita se presentó al día siguiente; era un hombre viejo, cascado y de expresión hipócrita.

– ¿Me ha enviado V. á llamar, señor Tourat?, preguntó. ¿Tendría por ventura algún cliente recalcitrante?...

– No, tío Hombrou; este mes he cobrado todas mis letras. No le he enviado á buscar para este asunto; en una palabra, mi hijo ama á Juanita.

– ¡Ay de mí! Señor Tourat, bien lo sé,... y mi hija ama también á Pedro,... tanto que se desmejora de día en día. ¡Ah! ¡Es una gran desgracia para ella!

– ¿Por qué?

– ¡Pobre niña!... ¡Sin un cuarto! V. no consentiría en el matrimonio.

Tourat se irguió, fijando en su interlocutor una mirada de asombro.

– ¿Sin un cuarto? ¡Vamos! En los treinta años que ha estado V. especulando en todo el país con la miseria de los pobres, seguramente habrá podido ahorrar algún dinero; no me cabe la menor duda.

– ¡Por la santa Virgen! Mi buen señor Tourat, crea V. que ni un cuarto,... no, ni un cuarto. ¡Cómo ha de ser! Yo tengo buen corazón,... y cuando un pobre diablo no puede pagar, me falta valor para hacerle prender.

– No le creo á V.

– Pues vamos á cuentas. ¿Le parece que yo habitaría en una vieja casucha, como lo hago, si tuviera medios para alquilar una casa cómoda? No, le aseguro bajo mi palabra que Juanita no tiene un cuarto de dote. ¡Pobre niña! ¡Qué pena le causará no poder casarse con aquel á quien ama! Y su hijo de V. también quedará muy triste. ¡Ah! ¡Pobres chicos, pobres chicos!

Y el viejo se pasó la manga de su vestido por los ojos como para enjugar una lágrima furtiva.

Tourat se encogió de hombros.

– No hay una palabra de verdad en todo lo que V. me dice, repuso.

– ¡Ah! Señor Tourat, pregunte V., tome informes donde quiera. ¿Conoce algún banquero que tenga fondos míos, ó un notario que administre mis inmuebles?

– Tal vez no tenga V. ni banquero ni notario, tío Hombrou; pero yo sospecho que en algún rincón guarda varias pesadas talegas llenas de oro... En fin, no insistiré, porque se trata de la felicidad de Pedro, que ama á la hija de V... Si no tiene dote, pasaré por ello... Se casará sin nada.

– ¡Ah, señor Tourat!...

Y Hombrou se adelantó, ofreciendo su mano; pero el otro le detuvo, diciéndole:

– Oiga V., tío Hombrou, aunque haya parentesco entre nosotros, no por eso aumentará nuestra intimidad. ¿Está V. conforme?

Y sin esperar contestación, el señor Tourat, girando sobre sus talones, volvió la espalda al usurero, mientras éste, al verse solo, dejó vagar en sus labios una maliciosa sonrisa, en la cual se revelaba, á la vez que el contento de haber casado á su hija sin dote, todo su odio y deseo de venganza por el desdén y desprecio que acababan de mostrarle.

. . . . . . . . . . . . . . . .

Hacía un año y algunos meses que los dos jóvenes eran prometidos (no teniendo Juanita más que diez y seis años y medio en la época de los desposorios, habíase acordado esperar hasta los diez y ocho cumplidos para casarla), y la existencia de estos enamorados era la más deliciosa del mundo.

Todos los días, á las doce, después de almorzar, Pedro pasaba por el camino que separa los dos pueblos, y Juanita, libre también á esta hora, corría á su encuentro.

Sentábanse entonces á orilla del camino, y estrechándose la mano, hablaban de sus proyectos futuros.

Los dos se adoraban.

¿Y cómo hubiera podido ser de otro modo? ¿Cómo no se habría dejado seducir Pedro por la gracia encantadora y la candidez de Juanita, tan linda y tan verdaderamente buena? ¿Y cómo no había de amar la joven con pasión al gallardo mancebo que, buscado en todas partes por las más ricas herederas, la prefería á ella tal como se la daban, es decir, sin dote, sin llevar siquiera la canastilla de boda ni el menor adorno, y tan pobre, que ninguna joven vestía más humildemente, pues no se engalanaba nunca con un pedazo de cinta ó de blonda?

¡Pobre Juanita! Sí, en verdad que era pobre, y no podía menos de serlo, puesto que su padre la dejaba trabajar todo el día y endurecerse las manos en las más rudas faenas.

¡Pobre! Y sin embargo, ¿no le había parecido oir durante la noche, cuando todo debía dormir en la casa, un rumor como el choque de monedas de oro cuando se cuentan? ¿Qué misterio se ocultaba en aquella pequeña habitación del último piso, la que había junto al granero, donde su padre no le permitió nunca penetrar? Una ó dos veces había pasado por delante en el momento de entrar allí su padre, y el viejo, inquieto al parecer, buscó pretextos para alejarla.

Cierto día, dominada por la curiosidad, preguntóle bruscamente:

– ¿Es oro lo que ocultas en esa habitación, donde jamás me dejas entrar?

Hombrou se rió de una manera extraña.

– ¡Oro! ¡Ja, ja! Si lo fuera no lo encerraría de ese modo, hija mía, y muy pronto lo hubiera convertido en alhajas para ti. No, lo que tengo en esa habitación son paquetes de papel timbrado, y me encierro en ella sólo para estudiar los jeroglíficos que contienen, sin que nadie me interrumpa.

. . . . . . . . . . . . . . . .

Aproximábase la fecha señalada para el casamiento, y cercano ya el gran día, Pedro y Juanita regocijábanse sin tasa. Después de tanto esperar, al fin iban á ser uno de otro para siempre.

De improviso circuló una noticia por el país: el señor Tourat, que hacía tiem-



En cuanto á Juanita, parecía haber tomado su partido en aquella situación, y después de algunas semanas de rebeldía, mostróse de pronto dócil y como resignada á conformarse con la decisión paterna sin discutirla.

– Vamos, díjole un día Hombrou, ¿me tienes ojeriza aún?

– No, padre mío.

– ¿Y no piensas ya en el joven Tourat?

– No, padre.

– ¿Pues en qué piensas, con ese aire misterioso que no te abandona nunca?

– ¡Ah!, padre mío,... tengo mi idea...

Y miró á Hombrou de una manera tan extraña, que de seguro le habría dado que pensar, si una grave preocupación no hubiera absorbido del todo su espíritu.

En efecto, hacía algún tiempo que Hombrou había echado de ver que le robaban.

Quince días antes, después de subir á la habitación misteriosa por la noche «para hablar con su dinero,» creyó notar que una pila de monedas de oro había disminuído.

«Habré contado mal,» pensó.

Al día siguiente volvió á subir otra vez, y ya no le fué posible dudar: una talega llena de duros estaba cortada.

– ¡Ah, miserable!, murmuró. ¡Ah, bribón! ¡Pobre de ti si te llego á coger!

Y Hombrou, armado de un revólver, púsose en acecho delante de la puerta.

po se aventuraba en especulaciones de gran consideración, había perdido sumas enormes, engañado por un banquero de mala fe.

– Está completamente arruinado, decían los unos.

– ¡Bah! Aún le quedan buenos cuartos, contestaban los otros.

En cuanto á Pedro, que estaba muy al corriente de los asuntos de su padre, creyó de su deber confesar á Juanita toda la verdad.

– Estamos del todo arruinados, le dijo, y ahora no se puede contar más que con mi trabajo para sostenernos mi padre y yo. Antes era un buen partido para ti, pues podía ofrecerte, con muchas comodidades, todos los placeres que hubieras deseado; pero hoy, ya no es así. Uniéndote conmigo deberías participar de mis privaciones, y por lo tanto te devuelvo tu palabra.

Por toda contestación, Juanita enlazó con su brazo el cuello de su novio.

– ¡Pedro, exclamó, yo te amo! Cuando eras rico me quisiste sin fortuna; hoy estamos al mismo nivel, y nos casaremos, Pedro. Los dos podemos trabajar, y no por esto cambiaré en nada. En cuanto á las privaciones de que me hablas, no puedes calificarlas de tales, puesto que las sufriremos juntos.

– Pero ¿y tu padre?

– ¿Qué le importa á mi padre, con tal de que no haya de mantenerme?

Así convenidos, separáronse Pedro y Juanita, felices ambos, contentos uno de otro, seguros ahora más que nunca de su mutuo amor, y diciéndose: «Hasta mañana.»

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Juanita había referido á Hombrou todo cuanto se decía sobre la ruina de los Tourat.

La joven esperaba que su padre se encogiera de hombros con indiferencia.

En efecto, ¿qué debía importarle al viejo que el esposo de su hija fuera rico ó pobre?

Pero el avaro dió un salto de alegría.

– ¡Arruinado, Tourat arruinado! A la verdad que ya lo sospechaba. ¡Bien le ha salido recibirme con insolencia! ¡Ah, buen mozo! ¡Tú me humillabas con tu dinero, y no querías estar en relaciones conmigo! ¡Ah! ¡Has querido echarla de gran señor! Nada de intimidad entre nosotros, me dijiste... ¡Pues bien, sea, nada de intimidad! Yo soy quien se opone ahora al casamiento.

– ¡Padre mío!...

– Sí, me opongo rotundamente... y se sabrá en el país que la negativa está de mi parte.

– ¡Pero, padre, yo amo á Pedro!

– ¡Vamos! ¿Crees tú que yo hago caso de esas necedades? Te digo que no te casarás con él,... un hombre que no sirve para nada,... arruinado,... que no sabe siquiera dónde podría encontrar trabajo para ganar su mísera subsistencia. ¡No,... no te casarás con él!

Al oir estas injurias, que para ella eran blasfemias, parecióle á Juanita que su tierno corazón se le rompía en el pecho; y cuadrándose delante del avaro, díjole con voz vibrante:

– ¡Le amo y... me casaré con él!

– Pues yo te digo que no; te doy mi palabra de que no será así,... y por haberte atrevido á contestar de ese modo ¡toma!

Juanita vió venir el golpe, pero ni siquiera quiso desviar la cabeza. Pensaba en Pedro, á quien tal vez no volvería á ver nunca.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Hacía ya algún tiempo que se había renunciado al matrimonio; en el país se habló mucho de este rompimiento, y después olvidóse el incidente. Pedro había marchado á lejanas tierras, comprendiendo muy bien que era inútil esperar que Hombrou cambiase de parecer, y no sintiéndose con fuerza para vivir cerca de aquella á quien adoraba y que nunca debía ser suya.

Así estuvo de centinela algunas noches consecutivas, pero no vió á nadie.

«Bueno, pensó, el ladrón ha cogido ya bastante y no volverá.»

Sin embargo, volvió á subir para contar su dinero, y pudo ver entonces que una talega había desaparecido. Había algo de hechicería en aquel asunto; no podía ser menos,... y Hombrou se puso otra vez en acecho, jurando vengarse.

Nada,... no parecía nadie... Y sin embargo, á cada nueva visita, Hombrou se cercioraba de que su tesoro disminuía.

– Si esto continua así, murmuró, voy á quedar arruinado á mi vez.

Y lo que más le irritaba era saber que el otro, su enemigo, Tourat, ayudado providencialmente había podido pagar á sus acreedores y trabajaba de nuevo.

– Aún le veremos enriquecerse, se dijo; mientras que á mí no me quedará ya nada,... nada absolutamente.

Hombrou se había contentado hasta entonces con vigilar la puerta de abajo, pero quiso hacer más. Cierta mañana marchó, diciendo á todos que iba á Rouen y que no regresaría hasta el día siguiente; pero después volvió y encerróse en la habitación misteriosa con víveres para dos días, resuelto á no moverse de allí.

«Ahora veremos,» pensó.

Los relojes señalaban ya la media noche: Hombrou estaba allí hacía unas doce horas, inmóvil, ojo avizor y escuchando atentamente.

De pronto se abrió la puerta con suavidad, sin producir el menor ruido. En la obscuridad dibujóse una forma humana; el avaro levantó su revólver é hizo fuego.

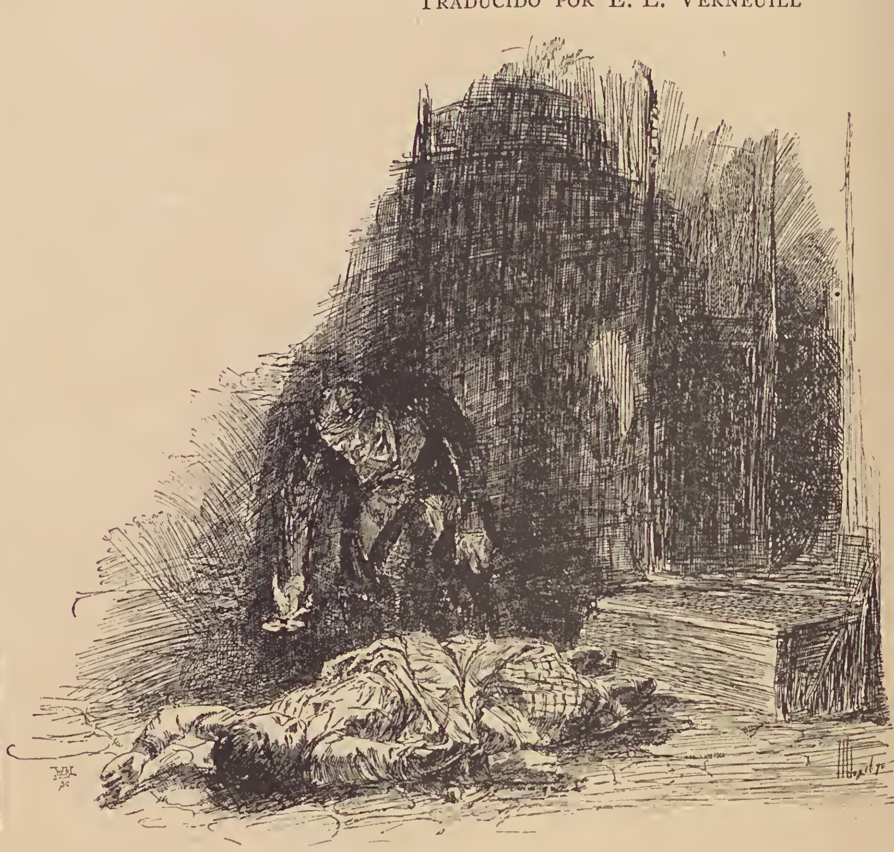
Siguióse un grito doloroso y el rumor producido por un cuerpo que cae pesadamente en tierra.

– ¡Ah, bribón! ¡Le maté! ¡He aquí una muerte de que no me arrepentiré!

Y encendiendo una luz acercóla al cuerpo inerte.

A su vez profirió un grito terrible: «¡Juanita!»

Traducido por E. L. Verneuill



## NUESTROS GRABADOS

**La adoración de los pastores, grupo escultórico de Weltring.**—Este notable escultor alemán que pasó sus años juveniles en la aldea de Plantlüne (Omabruck), quiso perpetuar el recuerdo de su grata permanencia en ese pueblo regalando á la iglesia parroquial del mismo el grupo escultórico que reproducimos. Y á la verdad, pueden los plantluneses estar orgullosos de la joya que este rasgo de gratitud y desprendimiento les ha proporcionado. La colocación hábil de todas las figuras, la acertada expresión que en cada una de éstas se refleja y la exquisita corrección con que aparecen modeladas son cualidades más que suficientes para que pueda esta obra ser calificada de valiosa joya artística.

**Monumento erigido en Rouen á la memoria de G. Flaubert, obra del escultor M. Chapu.**—La ciudad de Rouen ha glorificado con este monumento á uno de sus más ilustres hijos, á la vez que á uno de los más admirables escritores de este siglo.

La obra en mármol blanco esculpida por M. Chapu, miembro del Instituto, es digna del hombre á cuya memoria se ha erigido y ha sido calificada de una de las más inspiradas del famoso escultor. En lo alto, un medallón encierra el busto en relieve del gran novelista; debajo, cerca de un laurel que alza sus pobres ramas hacia el escritor, una preciosa joven, la Inmortalidad, escribe el nombre de Flaubert en el libro en donde constan los de todos cuantos han honrado á la patria y á la humanidad.

**El eminente pintor francés M. John-Lewis-Brown.**—El celebrado autor de tantos cuadros de caza, el que tan maravillosamente supo reproducir las escenas cinegéticas y de *sport*, el que logró hallar en su paleta los tonos tan brillantes como exactos con que hacía destacar los personajes y los objetos de sus pinturas sobre el verde uniforme de los céspedes acaba de morir en París á la edad de sesenta y un años.

Nacido en Burdeos, á los doce años componía graciosas acuarelas, en las que se advertían todos los recursos de un artista consumado: llevado de su afición al arte fué á París y allí estudió á los grandes maestros, dedicándose á copiar los mejores cuadros del Louvre y teniendo que luchar siempre con la miseria. De regreso á su ciudad natal consiguió algunos triunfos en varias Exposiciones de provincias, y animado por estos éxitos volvió á París en 1859, sonriéndole desde entonces la fortuna hasta que la muerte lo ha arrebatado por desgracia para el arte.

John-Lewis-Brown era caballero de la Legión de Honor desde 1870, y había obtenido medallas en los Salones de 1865, 1866 y 1867.

**La estacada del Nilo recientemente terminada por el Ministerio de Obras públicas de Egipto.** – Esta obra grandiosa consiste en dos grandes diques colocados al través del río, unas 30 millas más abajo del Cairo, sitio en donde el Nilo se divide en dos brazos, uno que desemboca en el mar en Rosetta y el otro en Damietta. Cada dique es un largo puente cuyos arcos pueden cerrarse á voluntad, quedando á los lados unas esclusas para el paso de los barcos.

Cuando el río lleva poca agua se cierran esos arcos y el agua de esta suerte contenida alimenta tres canales que riegan todo el Bajo Egipto. La estacada cuya construcción comenzó en 1843 fué luego abandonada, hasta que Sir Collin Scott Moncrieff se encargó en 1883 de reconstruirla, habiéndola dejado terminada en el presente año.

**Víctimas y verdugos, dibujo á la pluma de D. José L. Pellicer.**—¡Pobres avecillas! El invierno con sus rigores las ha desalojado de sus poéticos nidos, obligándolas á buscar á la ventura un asilo ni tan bello ni tan cómodo como el que entre el espeso follaje encontraron durante la primavera; la nieve ha cubierto los campos que pródigos les ofrecían el necesario sustento; el frío ha aterido sus miembros ha poco ágiles y ha hecho enmudecer sus antes parleras gargantas. Ya el sol no despide los rayos á cuyo calor se arrullaron; ya la tierra no ostenta las galas que un tiempo fueron su encanto; ya el viento helado ha sustituído á la suave brisa, á cuyo vivificante soplo se mecían las ramas en que se posaron sus pequeñuelos. ¡La naturaleza ha muerto!, y como si tantas desdichas no fueran bastantes, los infelices pajarillos han de habérselas con otro enemigo no menos terrible, el hombre, que abusando brutalmente de su superioridad, arremete contra ellos para entregarse á la más inhumana de las cazas.

Todo esto y mucho más y con mayor elocuencia expresado nos dice el precioso dibujo de Pellicer.



¿LE QUIERES MUCHO?, cuadro de Egisto Lancerotto

La consideración de tratarse del director artístico de esta ILUSTRACIÓN nos impide tributarle todos los elogios que quisiéramos y que se merece; pero lo que callamos, de sobra lo dirán nuestros lectores y en ello saldrá ganando Pellicer, pues así resultarán las alabanzas, ya que no por mejor deseo dictadas, por lo menos de mayor autoridad revestidas.

**La presentación á los pastores, copia del cuadro de Murillo, existente en el Museo del Prado, Madrid, grabada por Baude.** – De nuevo ofrecemos á nuestros lectores unidas estas dos firmas ilustres en el arte. Cuanto vale Murillo lo sabe el mundo entero, y los magníficos cuadros que de él posee nuestro Museo Nacional son la admiración de propios y extraños y la envidia de estos últimos. Y de cuán alto ha sabido Baude elevar el arte del buril en nuestros tiempos son prueba elocuente las muchas y solicitadas recompensas que en numerosos certámenes ha obtenido este grabador y el extraordinario aprecio en que son universalmente tenidas sus primorosas obras.

*La presentación á los pastores* y *El Divino Pastor*, que últimamente hemos publicado, patentizan la inimitable maestría con que Baude se ha identificado con el incomparable pintor español, la habilidad sin par con que reproduce el dibujo correctísimo, la delicadeza de los contornos, la hermosa gradación de tintas, cuantas bellezas, en suma, puede copiar el grabado de las pinturas de Murillo.

Del cuadro que publicamos nada hemos de decir: su grandiosidad en medio de su sencillez, el admirable consorcio en que en él aparecen unidos el idealismo más puro y el realismo más verdadero son cosas que fácilmente se sienten y difícilmente se explican. Delante de un cuadro de Murillo, los labios enmudecen y sólo el corazón habla.

**¿Le quieres mucho?, cuadro de Egisto Lancerotto.** – No hay que preguntar de qué se trata ni cuál será la contestación á esa pregunta: la carta que entre sus manos tiene la madre y la turbación de la muchacha al ser interrogada ponen al menos lince en condiciones de ser adivino y profeta. Sí; el asunto es una petición de matrimonio en toda forma y el desenlace del mismo será en la vicaría. Y á fe que el peticionario no tiene mal gusto ni poca suerte: la niña reune todos los atractivos que el más exigente puede desear y su lindo rostro expresa claramente cuán intenso es el amor que siente; la anciana, por su parte, tiene cara de bondadosa, y en cuanto al novio podemos suponer que en nada desmerecerá de sus futuras esposa y suegra; de suerte que el suceso próximo á consumarse presenta todas las garantías de felicidades sin cuento.





IMP. DE MONTANER Y SIMÓN